

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Ricardo E. Latcham: *El problema de los araucanos* □ María Baeza: *Después de la lluvia. Viento en el Otoño* □ Jaime Torres Bodet: *Una novela picaresca del siglo XX* □ González Vera: *Escuela Parroquial* □ Marta Vergara: *Reflexiones* □ Raúl Cuevas: *Cuento* □ Raúl Silva Castro: *Pío Baroja: el hombre y el escritor* □ Jack London: *Fuerzas de mujeres* □ Roberto Pinnilla: *Las partes de una Gramática y la Semántica* □ Hombres, ideas y libros: Julio Montebruno L.: *Las ruinas del castillo de Stolpen y la Cosel, querida de Augusto II el Fuerte, rey de Polonia* □ Guillermo Muñoz Medina: *Gómez de Baquero y el porvenir de la novela* □ Fernando García Oldini: *El «affaire Chaplín» mirado desde Europa*
□ NOTICIARIO □ EX-LIBRIS □ □ □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

MCD **Precio: \$ 2.00 ~ Agosto 31 de 1927**

Año IV

Núm. 6

Ateneo

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

Obsequio de la Bi-
blioteca Central de la
Universidad de
Concepción

V O L U M E N I I

2.º Semestre de 1927

Universidad de Concepción. Chile

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO IV

AGOSTO 31 DE 1927

NÚM. 6

Ricardo E. Latcham

El problema de los araucanos

SUS ORÍGENES Y SU LENGUA

Si se puede poner en duda el que los fueguinos formen parte de la misma rama etnográfica que los otros indios de Chile, no es posible dejar de reconocer que todos estos últimos constituían una sola familia. (p. 49).

Sin duda los indios de Chile eran entonces (a la llegada de los españoles) tan bárbaros como las tribus más groseras que los conquistadores hallaron en América. (p. 50).

La ocupación de una parte de Chile por los vasallos del Inca importó un gran progreso en la industria de este país. En efecto, los peruanos introdujeron el uso del riego de los campos... Hicieron sus siembras y enseñaron prácticamente los principios de la agricultura. Importaron algunas semillas... Nos referimos al maíz... y a una especie de frejol que nombraban *purutu pallar*. Importaron también las llamas... Enseñaron a utilizar la lana de estos animales en la fabricación de tejidos, toscos y groseros sin duda, pero superiores a las pieles con que hasta entonces se vestían los chilenos. Se debe, además, a los vasallos del Inca la introducción de otro arte—la alfarería... Todo nos hace creer que los indios chilenos se hallaban, antes de la ocupación peruana, en un estado de barbarie semejante al de muchos otros salvajes de América. (pág. 68 a 72).

BARROS ARANA.—*Hist. de Chile*. Tomo I.

LOS párrafos que hemos transcrito, publicados en 1884, forman una síntesis del tema desarrollado por el gran historiador Barros Arana en la monumental obra de erudición

—La historia de Chile. Han formado la base de todo lo que, desde entonces se ha publicado en los textos de historia respecto de los indígenas de esta tierra, y es lo que se enseña en las escuelas, los liceos y hasta en los cursos universitarios. Más aun, hay autores que pretenden ser especialistas en la materia que repiten y propagan las mismas noticias, y con argumentos imaginarios o ficticios hacen aparecer a los indígenas chilenos como un pueblo infeliz y salvaje, cuyos únicos conocimientos de una cultura un poco más avanzada se debían a la introducción entre ellos, por los incas, de las artes e industrias de una civilización superior.

Y, sin embargo, todo esto es erróneo y falso y completamente contrario a las enseñanzas de la etnología y la arqueología modernas. Si era disculpable en el tiempo en que escribió Barros Arana, no lo es en los momentos actuales, y es preciso reaccionar y modernizar los textos en cuanto a la prehistoria del país.

Examinemos por un momento las premisas de semejantes aseveraciones, para ver si pueden lógicamente sostenerse.

Se sabe de una manera que está fuera de duda, que la primera invasión del actual territorio chileno por los incas tuvo lugar en la segunda mitad del reinado del Inca Tupac Yupanqui. Según las más aceptables cronologías modernas, este monarca reinó entre los años 1448 y 1482 D. C. y la invasión del norte no tuvo lugar antes de 1460. Esta primera incursión de los incas no alcanzó sino hasta el valle de Coquimbo. Veinticinco años más tarde, o sea por los años 1485 a 1490, los generales de Huayna Capac, hijo del anterior monarca, extendieron sus conquistas por el Sur, hasta el Maule, límite en esa dirección de sus conquistas.

Cuando llegó Almagro al valle de Quillota o Chile, en 1536, las guarniciones peruanas habían ya abandonado el país y sólo quedaban algunas colonias de *mitimaes* o trasplantados, de origen peruano, en diversas localidades del centro y Norte del territorio.

Queda de hecho comprobado que el dominio efectivo de los

incas en las provincias centrales de Chile no duró sino unos 45 o 50 años y en las provincias de Coquimbo y Atacama unos 25 años más.

No obstante, cuando llegó Pedro de Valdivia, este jefe encontró en todo el país, hasta el golfo de Reloncaví y la isla de Chiloé, una agricultura avanzada, practicada por los indios de todas las zonas, una ganadería en gran escala, una población que vestía ropa de lana y que tenía varias artes e industrias desarrolladas. Estos adelantos se notaban no solamente entre los indios directamente sujetos a los incas, sino igualmente entre los de las provincias australes y Chiloé, alejadas de toda influencia incaica.

¿Sería posible que en el corto lapso de 40 o 50 años el contacto con una cultura superior pudiese producir semejantes resultados si los indígenas hubieran sido tan salvajes como los pintan Barros Arana y Guevara? La experiencia humana, en toda parte del mundo donde ha sido posible hacer observaciones al respecto, nos enseña que no. Todo cambio de cultura es necesariamente lento y obra de muchas generaciones, especialmente cuando se trata de las primeras etapas culturales. La prueba de ello la tenemos en el Perú y Bolivia, donde, después de cuatro siglos de roce y contacto con una civilización superior, los quechuas y los aymarás mantienen todavía la mayor parte de sus antiguas costumbres, modo de vivir y supersticiones.

Luego, los estudios arqueológicos nos demuestran que muchos siglos antes de la llegada de los incas, y aún antes que éstos existieran como nación, habitaron en el suelo chileno, pueblos dedicados a la agricultura, que tenían tropas de llamas, que tejían la lana de estos animales para vestirse, que fabricaban una muy buena clase de alfarería y que aun conocían la metalurgia.

Para los efectos de este estudio podemos hacer caso omiso de los pueblos que residían al norte del Choapa, que conviene tratar en un estudio separado.

Al sur del Choapa y hasta el golfo de Reloncaví, cuando llegaron los españoles, hallaron que se hablaba una sola len-

gua, con muy pequeñas diferencias dialécticas, a la que en tiempos modernos se ha llamado, muy impropiamente, araucana.

El pueblo que hablaba esta lengua se ha considerado como homogéneo y único. Al igual de la lengua que hablaba, se ha llamado araucano o mapuche, denominación tan impropia como la dada al idioma.

Es de este pueblo que queremos hablar ahora, para ver modo de aclarar un poco las ideas todavía corrientes respecto de él.

Desde el año 1888 hasta 1908, estudiamos con bastante detenimiento la antropología física de la antigua población indígena de las diferentes regiones del país, examinando para el efecto más de 700 cráneos sacados de las viejas sepulturas. El resultado de este estudio lo publicamos en un trabajo titulado *Antropología Chilena*, presentado al 4.º Congreso Científico (1.º Pan-Americano) celebrado en Santiago a fines de 1908. En él establecemos que lejos de la homogeneidad preconizada había una heterogeneidad completa y que se notaban las mismas mezclas étnicas que eran comunes a todos los países. Quedaba en pie, sin embargo, el hecho de que desde tiempos remotos, probablemente desde la primera población, se hablaba una sola lengua en toda la zona, desde el Choapa hasta la isla de Chiloé, siendo esta la lengua que hallaron los españoles a su llegada.

Una de las razones que tenemos para considerar muy antigua esta lengua es que, dentro de los límites indicados, casi la totalidad de los nombres geográficos de origen indígena pueden interpretarse por ella, lo que indica que no ha influido otra en la región, porque en semejante caso se notarían sus influencias, como pasa en las provincias del Norte, que eran más expuestas a las invasiones de otros pueblos, cuyo paso ha quedado patentizado en la nomenclatura de aquellas regiones.

Los pocos nombres extraños que se observan en las provincias centrales son fácilmente explicables por otro motivo, sobre el cual volveremos más adelante.

Resulta entonces que en toda la región mencionada hallamos un pueblo heterogéneo, de muchos diversos orígenes, pero que hablaba una sola lengua. A primera vista esto parece una ano-

malía, pero el problema no presenta serias dificultades, y la arqueología nos ayuda en parte a descifrarlo. Antes de la llegada de ningún pueblo de cultura adelantada, existían en el litoral dos o más pueblos de pescadores muy primitivos, cuya condición era parecida a la de los fueguinos de hoy. Con toda probabilidad hubo intermezclas entre ellos mismos y entre ambos y los más civilizados que después llegaron. Luego, habitaban en la cordillera otros tres pueblos diversos, los chiquillanes, enfrente de Santiago hasta el volcán de Maipo, los pehuenches entre Chillán y Lonquimay, y los puelches entre Llaima y el golfo de Reloncaví. No sabemos cuando llegaron, pero los hallamos establecidos allí en tiempo de la conquista española. Todos estos elementos se mezclaron en mayor o menor grado con el pueblo más culto y todos adoptaron la lengua de éste. Dichos pueblos eran de estirpes distintas, algunos eran dolicocefalos, otros braquicefalos, y como resultado de su parcial fusión, hallamos los más diversos tipos craneanos. Los pueblos cordilleranos a que hemos hecho referencia, eran nómades y durante los meses invernales bajaban a las Pampas Argentinas, llegando en sus correrías hasta la Patagonia y el Atlántico. Tenían la costumbre de robar las mujeres de otras tribus, de manera que eran de raza bastante mezclada. Todos estos elementos entraban en la población de la zona de que hablamos, y posiblemente otros de que no tenemos noticias. Pero al ponerse en contacto con el pueblo más culto, que a la vez debe haber sido numéricamente superior por todas partes, adquirieron la lengua de estos, hablándola con pequeñas diferencias locales, las que constituían los dialectos notados por los cronistas. Así se explica la diversidad de tipos étnicos y la uniformidad de cultura y lengua en toda la región.

La población de Chile, a la llegada de los españoles, era regularmente densa, especialmente por la costa y por los valles de los principales ríos. Cálculos prudentes la hace subir a un millón y medio, de los cuales la inmensa mayoría habitaba al Sur del Choapa. Pero no tenía consistencia, carecía de todo gobierno centralizado y aún de una organización tribal que le diera cohe-

rencia. Cada pequeña comunidad, que consistía exclusivamente de unas pocas familias emparentadas, vivía aislada e independiente de las demás y se unían sólo en el caso de gran necesidad, en tiempos de peligro o en ocasión de alguna gran fiesta ceremonial.

Como pueblo, no tenía nombre genérico, y los cronistas no hallaron otro modo de expresarse para hablar de los indígenas en general, que llamarlos los indios de Chile. Barros Arana, comentando este hecho, dice: «Los indios chilenos no formaban un cuerpo de nación que hubiese tomado un nombre general. Se designaban entre sí por la denominación que daban a las parcialidades territoriales, o por la situación respectiva que ocupaban. Huilliches eran los del Sur; picunches eran los del Norte; puelches los del Este; pero estas denominaciones, en que se ha insistido más tarde como medio de clasificar las tribus, eran vagas e indeterminadas, y relativas al lugar en que se hallaban». (p. 52).

Vemos entonces la anomalía de existir un pueblo de más de un millón de miembros, que no tenía un nombre con qué designarse. Se ha llamado mapuche y araucano, y aunque consagrados por el uso, ambos nombres son impropios, quizá menos el primero. Araucano es un nombre que presenta serios inconvenientes, como luego tendremos ocasión de verlo.

Cuando llegó Pedro de Valdivia al Bio-Bío, halló esa región poblada por gente de índole diferente de la de más al Norte. Era más fiera, más soberbia, más intratable y más guerrera. Hizo una oposición tan enérgica que los españoles no la pudieron subyugar y con varias alternativas no siempre favorables a las armas europeas, mantuvo su independencia por más de tres siglos de constantes luchas contra todo el poderío de los invasores.

Dicho pueblo no sólo era más indomable, sino que en muchos respectos tenía una cultura diferente e inferior a la de sus vecinos del norte. Ocupaba la zona comprendida entre el Itata por el Norte y el Toltén por el Sur, desde el mar hasta la región sub-andina.

Se ha conocido en la historia con el nombre araucano, no porque le era propio, sino que, inventado por Ercilla, para referirse a los indios de Arauco, su uso se ha extendido para abarcar a todos los indios de guerra, llegando a ser genérico para todos los indígenas de la zona.

Investigaciones antropológicas y arqueológicas han demostrado que este pueblo era intruso en la región, que era de diferente origen y linaje de los demás habitantes del país y que su estada en éste había sido relativamente corta cuando llegaron los españoles. Venido de las pampas argentinas, donde llevaba la vida de cazadores nómades, vistiéndose de pieles y habitando toldos de cuero de guanacos, a la manera de los patagones, estos moluches o gente de guerra ingresaron por los pasos bajos de la región, posesionándose del valle del Cautín. Poco a poco aumentaron en número por un desarrollo natural y probablemente, incrementándose por la llegada de nuevos grupos, se extendieron hacia el Norte y Sur, amalgamándose en parte con los antiguos habitantes y expulsando a los demás en ambas direcciones.

Al radicarse en el territorio chileno, adoptaron en parte la cultura del país, volviéndose sedentarios y dedicándose a la agricultura. No obstante, conservaron muchas de sus antiguas costumbres pampeanas, y éstas nos permiten establecer su origen. A la vez, aprendieron los rudimentos de ciertas industrias corrientes entre el pueblo que reemplazaron, pero con mucha menos perfección; entre ellas la del tejido y de la alfarería. Adquirieron también la lengua chilena, perdiendo la suya propia después de algunas generaciones. Todo esto se hizo más fácil por la costumbre de casarse con las mujeres de otros pueblos, en este caso con las mujeres del pueblo nativo. Las industrias que adquirieron eran justamente las practicadas por las mujeres, la agricultura, la alfarería y el tejido, y éstas fueron aportadas por el elemento femenino. Igual cosa pasó en la adquisición de la lengua. Sabido es que la lengua que aprenden los niños es la materna, y siendo la mayor parte de las madres nativas del suelo, en poco tiempo la lengua de las nuevas ge-

neraciones se había convertido y la paterna decayó y se olvidó.

Como entidad étnica, este pueblo no se extendió fuera de los límites geográficos que hemos indicado, y aun dentro de esta zona sus caracteres físicos variaban algo con la región que ocupaban, a causa de las diferentes mezclas que se originaron entre los invasores y las tribus antes radicadas allí. Las tribus pescadoras que ocupaban las costas y que deben haber sido bastante numerosas en esa comarca, eran todas de baja estatura, de manera que no es de extrañarse que los araucanos costinos hallados por los españoles fuesen también bajos. Los del valle central, donde se habían mezclado principalmente con el pueblo más culto de que hemos hablado, eran de estatura mediana, y en cambio los de la región sub-andina eran más altos, debido a sus constantes mezclas con los pehuenches, pueblo de gran talla, emparentado evidentemente con los tehuelches de las pampas del sur. Sin embargo, todos se reconocían como formando parte del mismo pueblo, aun cuando cada grupo o comunidad conservaba su autonomía e independencia sin conocer ningún gobierno o control central.

Al Sur del territorio ocupado por ellos, entre el Toltén y el golfo de Reloncaví (las actuales provincias de Valdivia y Llanquihue), se refugió el remanente del antiguo pueblo culto, separado de sus hermanos del Norte y empujado hacia el Sur por la cuña introducida por los invasores. A este grupo, bastante numeroso, se le ha llamado *Huilliches*—gente del Sur—y a pesar de ser una designación netamente geográfica, el nombre se ha consagrado por el uso y es muy conveniente para distinguir dicha entidad. Para los araucanos eran huilliches, de la misma manera que los que habitaban al Norte del Itata eran *Picunches* o gente del Norte.

Como no existen nombres propios para indicar estas grandes divisiones del pueblo indígena, hemos adoptado, en nuestros escritos, estos términos, los que recomendamos a los futuros investigadores, para que haya uniformidad en los estudios, con el significado que les hemos dado, a saber:

Picunches, los indígenas que en tiempo de la conquista española habitaban la región entre el Choapa y el Itata.

Araucanos, el pueblo invasor, que en la misma época moraba entre el Itata y el Toltén, y

Huilliches, las tribus del mismo origen que los Picunches, que quedaron relegadas al territorio al Sur del Toltén, hasta el golfo de Reloncaví.

No queda duda respecto de esta división, ni de la forma en que se produjo y las pruebas son de tres categorías: históricas, antropológicas y arqueológicas.

Los cronistas no confundían los araucanos con los huilliches y siempre hablaban de ellos como entidades distintas. Carvallo y Goyeneche, hablando de los primeros, dice categóricamente: «Jamás fueron comprendidos en ellos los serrano puelches, pehuenches, huilliches y tehuelches; *ni los residentes entre el Toltén y el grado 42, recurrieron nunca a los parlamentos celebrados con los gobernadores, ni tomaron parte en sus guerras internas ni contra los establecimientos de la frontera*»^{*}.

Diego Rosales dice que los huilliches eran de distinto carácter e índole que los araucanos, gente de mayor amabilidad y menos guerrera.

El mismo Pedro de Valdivia, al hablar de los indios del Sur del Cautín, los pinta como distintos de los araucanos. Dice que su tierra era «próspera de ganado como la del Perú, y abundosa de todos los mantenimientos que siembran los indios, así como maíz, papas, quinua, madí, ají y frisoles. La gente es crecida, doméstica y amigable y blanca... vestida toda de lana a su modo».

Pérez García dice que la región propia de los araucanos se hallaba «entre los ríos Bio-Bío por la parte septentrional y Toltén por la austral» y habla de la provincia de los *huilliches*, los que considera pueblo aparte.

Horacio Lara, en su *Crónica de la Araucanía* (1889), dice:

* VICENTE CARVALLO Y GOYENECHÉ, *Descripción histórica y geográfica del Reino de Chile*.

«Es fuera de duda que no data de muy remotos siglos la radicación de la actual raza araucana.

«Parece que la familia de los araucanos *invadió nuestro territorio en lejanos tiempos en que yacía otra raza diversa en nuestro suelo, la que fué subyugada y absorbida por la araucana, según los indicios que se han descubierto de haber poblado este país un núcleo de habitantes más adelantados que los araucanos y demás tribus que poblaban este país a la época de las dos últimas invasiones, la incásica y la española.*»

Lara indudablemente estaba sobre la pista. Reconoció que los antiguos restos que se hallaban en diversas partes del país no podían haber pertenecido a los araucanos y a la vez no eran incaicos. Desde luego, deben haber pertenecido a un pueblo anterior a estos dos. De lo que no se dió cuenta era que este pueblo existía todavía, fuera de la zona araucana, en el tiempo de la conquista española.

En cuanto a las diferencias antropológicas entre los araucanos y los pueblos que habitaban al Norte y al Sur de ellos, las hemos publicado en detalle en otra parte*. Se pueden resumir como sigue: Los araucanos eran de mayor estatura y más fornidos que sus vecinos, sin ser por eso un pueblo de más de mediana estatura. Su cabeza era más grande y más redondeada, aunque no tan ancha, siendo su índice cefálico medio mucho menor. La cara de los araucanos era más ancha y más aplastada, más abultada en la región de los pómulos y con una quijada más cuadrada y más recia. Los huesos del esqueleto eran también más fuertes y de mayores dimensiones que en los del Norte y en especial en los del Sur, los huilliches, quienes, con algunas excepciones, parecen haber sido de baja estatura y de más débil contextura.

Por otra parte, autores argentinos nos hablan de los araucanos de las pampas, pero las descripciones que nos dan de ellos no coinciden en absoluto con la de los araucanos chilenos. M. de la Vaulx, dice que eran de cuerpo pequeño y mal for-

* *Antropología Chilena*. Buenos Aires, 1909 y Santiago. 1911.

mado, estatura 1.57 mt.; cabeza grande y ancha, nariz chata, ojos ligeramente elevados en su borde exterior, aspecto feo, cráneo braquicéfalo.*

Ten Kate,** en un estudio de 119 cráneos de esta raza, provenientes de Buenos Aires, Salinas Grandes y de la Gobernación de la Pampa, dice que el 22% de ellos eran deformes.

No podemos reconocer en estas descripciones las semejanzas que los autores atribuyen a los Mapuches o araucanos chilenos. Estos últimos no han tenido jamás, desde su llegada a Chile la costumbre de deformar la cabeza; su estatura era mucho mayor y el cuerpo pequeño y mal hecho de los argentinos no corresponde al tronco desarrollado y robusto de los indios de Chile. Otros puntos de diferencia son: el mayor índice cefálico entre los argentinos, otra forma de nariz, ojos y órbita de distinto carácter y, en general, un aspecto más varonil por parte de los araucanos chilenos. Si los dos pueblos han descendido del mismo tronco, deben haberse separado en tiempos remotos, o bien las mezclas sufridas con los antiguos pobladores chilenos produjeron una seria modificación de tipo.

Es indudable que este pueblo que los autores de fines del siglo XIX confundieron con los araucanos chilenos eran de estirpe pampa o puelche, como los llamó el Padre Falkner, pero no está aún establecido si el pueblo invasor, fundador de nuestros araucanos, era o no emparentado con ellos. Opinamos que no.

La arqueología, hasta ahora muy poco estudiada en la región, demuestra, sin embargo, que hubo un tiempo en que se hallaba por toda la zona la misma cultura que hallamos en Chile central y que ésta se extendía hasta Llanquihue. En varias de las sepulturas que exploramos en aquella región entre los años 1890 y 1895, encontramos alfarería pintada y otros artefactos que jamás fabricaron los araucanos; pero que eran muy semejantes a muchos de los objetos representados en el atlas de *Los Abo-*

* *L'Anthropologie*, 1898.

** *Contribution a la Craniologie des Araucans Argentins*, Rev. del Museo de la Plata. Tomo IV. 1892.

ígenes de Chile, de José Toribio Medina, única obra de referencia que en esa época existía sobre antigüedades chilenas. Más tarde, cuando pudimos hacer investigaciones propias en las provincias centrales, pudimos confirmar nuestra opinión de que existía una identidad en la cultura de las dos zonas, cultura que había sido interrumpida por la intrusión de los araucanos, pero que continuaba en una forma modificada en las provincias australes, más allá del Toltén.

Los araucanos habían aprendido los rudimentos de la industria alfarera, pero producían solamente piezas utilizables para usos domésticos, como grandes vasijas para guardar chicha o granos, ollas de dos o tres tipos, jarros y pequeños cántaros. Raras veces fabricaban otros tipos, y los platos, fuentes y otras formas, tan comunes entre sus vecinos, faltan casi por completo entre ellos, al igual de toda la alfarería decorada ya sea modelada o pintada. Muchos de los objetos que los picunches fabricaban de greda, los araucanos los hacían de madera. La industria de labranza de la madera era una de las a que prestaron preferente atención, y en esto se distinguían de sus vecinos, que usaban relativamente poco este material.

También el sistema de entierros era distinto en los dos pueblos. Los araucanos eran la única gente que se ha conocido en Chile que sepultaba a sus muertos en ataúdes de madera. Estos ataúdes eran labrados de un tronco ahuecado a fuego y con hachas de piedra, de la misma manera como fabricaban las canoas o piraguas con que cruzaban los ríos o navegaban los lagos. Los tapaban con otro tronco mayor, excavado del mismo modo. En un principio, colocaban estos ataúdes en los ganchos de algún árbol, costumbre traída de la Pampa y que persistía hasta mediados del siglo pasado entre algunas de las tribus sub-andinas. Los indios de las pampas patagónicas construían catafalcos o plataformas altas, consistentes en cuatro estacas elevadas entre las cuales extendían un cuero de guanaco, o bien una armazón de ramas, y sobre este descanso tendían el cadáver, dejándolo allí dos o más años hasta que los huesos quedaban completamente limpios, para llevarlos a enterrar

en los cementerios de la tribu, a veces a centenares de leguas de distancia. Vestigios de esta costumbre era la práctica de los araucanos de dejar los cadáveres en los árboles. Solamente después, acostumbraban a sepultar los muertos en el suelo. Los pueblos prearaucanos jamás usaron estos ataúdes y sepultaban los muertos directamente en el suelo, a veces en cistas formadas de lajas, pero más comúnmente en grandes hoyos, rodeando el cadáver con una hilera de piedras. Es en estas sepulturas donde casi siempre se hallan piezas de alfarería pintada, las que jamás se encuentran en las sepulturas araucanas.

Descubrimientos recientes, hechos en Concepción y la vecindad, vienen a dar mayor confirmación a estos datos. La alfarería hallada en Concepción, hemos podido conocerla gracias a las fotografías que tuvo la amabilidad de mandarnos el señor Oliver Schneider, Conservador del Museo de esa ciudad. Lleva las mismas decoraciones que la encontrada en la antigua cerámica de las provincias al norte del Cachapoal, y es a la vez, semejante a la que hemos sacado de sepulturas en Tirua, Chol-Chol, Nielol, Contulmo y otras partes de la frontera.

Las numerosas investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en diferentes partes del país durante los últimos veinte años, y la coordinación de sus resultados con las efectuadas en el Perú, la Argentina y Bolivia, nos permiten ahora establecer una cronología aproximada de las diferentes estratificaciones culturales del Norte y centro de Chile. Según ella, se sabe que el estilo decorativo hallado en las sepulturas prearaucanas de las provincias entre el Itata y el Toltén, pertenece a la última época preincaica, la que hemos llamado *chicha-chilena*, porque predominan en ella las influencias chinchas que, entre los años 1100 y 1400 invadieron todo el Norte y centro del país y el Noroeste de la Argentina, extendiéndose hasta Valdivia y Llanquihue.

Como la irradiación de estas influencias era lenta, no es probable que hayan llegado a las provincias meridionales antes del siglo XIII o XIV, y podemos fijar con casi seguridad esta última fecha como el límite más antiguo para la llegada a la región del pueblo intruso que hemos llamado araucano, o sea un

máximum de dos siglos antes del arribo de los españoles. Por eso probablemente los hallamos todavía en un estado de transición, habiendo abandonado la mayor parte de sus antiguas costumbres, no habían completamente absorbido la cultura más avanzada de sus vecinos, aunque iban en camino de hacerlo.

Es una opinión muy arraigada entre los chilenos, que el pueblo araucano formó la base del mestizaje que constituye la gran masa de la población, y es costumbre de jactarse de que muchas de las cualidades de la raza y en especial el valor y fiereza del roto chileno se debe a esta mezcla. Pero tal cosa es un profundo error. De todos los elementos étnicos que han entrado en la formación del pueblo chileno, uno de los que ha tomado menor parte es justamente el araucano, y esto por una razón muy sencilla.

Desde la llegada de los españoles, hasta después de la independencia, los araucanos mantenían constante guerra con los invasores europeos y jamás fueron subyugados como los demás indígenas del país. Las dos razas eran constantes enemigas y se profesaban un odio mortal, que dificultaba todo contacto amistoso y las mantenía siempre alejadas una de otra.

En cambio, los indígenas más pacíficos y más fácilmente domados de las provincias del centro, se unieron francamente con los españoles, y, desde el principio de la ocupación, comenzó una mezcla íntima entre los dos elementos, que ha continuado hasta ahora. Uno de los resultados de este intenso mestizaje fué que poco a poco los indígenas y los mestizos perdieron su propio idioma para adquirir el de sus dominadores, hasta que desapareció por entero la lengua nativa, en todas partes, a excepción de la región araucana, donde no se efectuó la mezcla y donde los indios mantenían su independencia, sus costumbres y su lengua.

Así, por una curiosa anomalía, el pueblo intruso de origen pampeano ha sido el único conservador de los restos de la antigua cultura indígena y de la lengua antes hablada en casi todo el país, ambas, indudablemente, en forma bastante modificada.

Debido a esta circunstancia y tomando en cuenta lo que han sostenido todos los cronistas de que esta lengua se hablaba desde

el Choapa hasta Chiloé, se ha supuesto que se trataba de un solo pueblo, cuyos únicos sobrevivientes son los araucanos actuales; y sobre esta suposición se ha formado una serie de fábulas que hoy por hoy no son sostenibles.

Ahora, en cuanto al otro punto de nuestra tesis: la cultura incaica en el centro y Norte del país, conviene corregir algunas de las ideas erróneas que se han arraigado entre nosotros y que todavía encuentran propagadores.

Hemos visto que el tiempo que duró el dominio incaico en el país era breve, del todo insuficiente para convertir a un pueblo en estado de absoluto salvajismo y barbarie, como algunos autores quieren pintar a los indios chilenos antes de la llegada de los incas. Hemos visto también que setecientos u ochocientos años antes que llegaran éstos, existía en el país una cultura avanzada, que conocía la agricultura, el riego de las tierras, la domesticación del ganado y las industrias del tejido, de la alfarería y de la metalurgia. ¿Cuáles, entonces, eran los grandes beneficios que aportaron los incas a la cultura chilena? A nuestro ver, ninguno de gran novedad e importancia. Introdujeron cierta estética nueva, algunos métodos más adelantados, mayor orden político y administrativo, la construcción de edificios de adobe, que fueron poco adoptados por los chilenos, tapiales con barda y, quizá, en las provincias centrales, el cierre de los predios con pircas, costumbre ya antigua en el Norte. En cambio, impusieron un tributo a toda la región bajo su dominio. Este consistía principalmente de oro, en pepas o en polvo, que era llevado todos los años al Cuzco. El oro se fundía en las fundiciones imperiales establecidas en diferentes localidades, de las cuales se conocen una en Coquimbo y otra en el valle de Chile, hoy Quillota. El oro se fundía en discos, los cuales eran marcados con el pecho de una mujer, una de las insignias imperiales.

Los incas establecieron numerosas guarniciones y construyeron pucarás o fortalezas en los puntos estratégicos. También establecieron en numerosos puntos colonias de *mitimaes*, gente tran-

quila y trabajadora, traída de diversas partes del imperio y radicada en medio de los centros más poblados, para enseñar las costumbres y la lengua del Cuzco y para servir de maestros en aquellas artes e industrias que fuese necesario implantar.

Todo esto es muy lejos de lo que alegan Barros Arana y Guevara. Córdova y Figueroa anduvo mucho más cerca que ellos, cuando escribió: «Lo que dominaron los incas quedó en estado de mejor política; y enseñaron a los naturales *con alguna más perfección* la agricultura y los términos de la equidad tan necesaria para el bien vivir de los hombres, y ésto se vió en Copiapó y Coquimbo donde se hablaba su idioma».

Los *mitimaes* mandados a las provincias centrales por el Inca eran de diversos pueblos y lenguas, y de aquí resulta que hallamos en la toponimia de aquella región muchos nombres geográficos que no son nacionales y que no pueden interpretarse por la lengua araucana. Algunos de éstos son de origen aymará, otros del quechua, otros del atacameño, y otros aun se derivan del dialecto chincha, usado en la costa del sur del Perú.

Cada colonia solía nombrar el lugar de su nueva residencia por aquel de su *ayllu* o comunidad de origen. Así tenemos a Lima-che (Rimac-che) gente de Lima o Rimac, Colla-hue, el lugar de los collas o aymarás; Pomaire, nombre netamente atacameño (compárese con Socaire, Ampaire); Aconcagua, que recuerda a Ancocagua en Bolivia, Lliu-Lliu, Cuz-Cuz, Llai-Llai y otros que son todos derivados de la lengua atacameña, hallándose en la provincia de Antofagasta, otro Cuz-Cuz, Chiu-Chiu y Chug-Chug. Pero quizá la colonia más importante era la establecida en el valle de Quillota, que se llamaba el valle de Chile, porque los indios allí radicados venían de Arequipa y dieron al río Aconcagua, en esa parte, el nombre de aquel que regaba la tierra de su origen. En el curioso libro del Dr. Ventura Travada, publicado en 1752 y titulado *El suelo de Arequipa convertido en Cielo*, p. 66, leemos: «Tiene la ciudad (Arequipa) cuatro ríos: el Chile, el de Paucarpata, el Mollebaya y el que llaman río Postrero. El río Chile le dió este nombre la

antigüedad gentilica, derivándolo de Chilina, que así se llama el pago donde comienza a explayarse su vistosa vega, y significando Chilina en la lengua indiana el tuétano, le conviene con gran propiedad a este río el nombre de Chile; así por el meduloso color que trae en sus corrientes en tiempo de aguas, como por ser las limosas lamas que le tienen de tan acendrada sustancia que como el tuétano es la más principal y sustancial que tienen los cuerpos, de la misma suerte estas lamas que roba este río de los barriales de las márgenes que tienen en su origen, fecundan los campos de Arequipa, etc.»

En el mismo departamento, provincia de Camaná, al pie del nevado de Sallaly, hallamos la quebrada de Chile y cerca de Quilca hay unos *andenes* antiguos, prehispánicos, que todavía se llaman Chile-pata.

No queda duda que los mitimaes trasplantados de la región de Arequipa dieron al valle que vinieron a ocupar el nombre de Chile, en recuerdo de su patria. El cacique Michimalonco (Mitima-lonco, jefe o cabeza de los mitimaes) era uno de los terratenientes del Inca, a la llegada de los españoles, como queda constancia en la historia.

Almagro llegó hasta el valle de Chile, o como se decía entonces, el valle de los Chiles, y allí estableció su último campamento general, aunque su general Alvarado hizo una expedición hacia el Sur, llegando hasta el Maule a aun más allá. Cuando volvió al Perú Almagro, los que le habían acompañado, al referirse a su expedición, dijeron que habían llegado hasta Chile, el nombre del último valle en que acamparon. Este nombre se hizo general, al hablar de toda la región al Sur del Desierto de Atacama. En aquel tiempo no había en América nombres de países en el sentido en que hoy los empleamos, y cada valle y cada distrito tenía su denominación particular, que a menudo era también el de la tribu o comunidad que lo ocupaba y los españoles, al referirse a un grupo cualquiera de indígenas, le daban el nombre del valle o localidad en que residía.

Es esa la verdadera explicación del nombre Chile. Nombre

extraño a la región en que fué hallado, se aplicó a cierta parte del valle de Quillota por los mitimaes venidos de Arequipa que se radicaron allí y, por circunstancias fortuitas, extendido a todo el país por los españoles. Inútilmente se ha tratado de interpretarlo por medio del Araucano, forjando a su rededor muchas fantasías, siendo su explicación tan sencilla, tan lógica y tan en armonía con los verdaderos hechos.

María Baeza

Después de la lluvia



ESTE sol de invierno tan nuevo
que derrama su luz sobre las cosas
como un agua clara y liviana.
Este cielo de invierno como y flamante
como pupila de niño recién nacido.

No hay rosas,
ni follajes ni cosas
clásicas. Todo el mundo parece un edificio
que se estuviera levantando recién.
Se están edificando árboles, frontispicios,
postes telefónicos, carretelas.
Todo está brillante.
Y es únicamente con la lluvia de ayer.

Aquel viejo que está llenándose de sol
en su puerta,
se ha fugado de un cuadro
cuando la pintura no se secaba aún,

le brilla todavía el blanco zinc
 en la cabeza y el toque de carmín
 quedó demasiado fuerte en el labio,
 pero tenía prisa por venirse
 a colocar allí.

Diez gorriones se escaparon también
 de una juguetería.

Y llenan las ondas del sol
 con su hinchada y clara algarabía.
 Y todo es por la lluvia de ayer.

Viento en el Otoño



ORO la luz, cobre la montaña, el agua acero
 y el oro amontonado en el paisaje.

El viento hace cantar su martillo
 en esta mina clara del valle.

Golpea, golpea minero y músico salvaje.

Golpea un álamo y echa a rodar
 mil láminas de oro.

Se extasía dándolas vuelta en el ambiente
 para gozar con su brillo de metal,
 pero se le escapan, corren...

y él las sigue con su mano de judío,
 con su mano de luz que se alarga
 hasta debajo de las piedras,
 y las amontona allí para
 que no enmohezcan.

Loco de placer salta a la montaña
y golpea su cobre sangriento.
Golpea y se queda escuchando...
La noche lo encuentra gritando demente,
porque le han robado la plata del día.

Jaime Torres Bodet

Una novela picaresca del siglo XX

LOS CABALLEROS LAS PREFIEREN RUBIAS

HE aquí un libro que se ha hecho preceder de la reputación editorial más extraordinaria: dos millones de ejemplares se han vendido de él en menos de un año y medio; se ha traducido al francés, al alemán, al italiano y—cosa admirable para nuestra lentitud—dos veces ya al español. La segunda de estas versiones castellanas es la de don Ricardo Baeza que acabamos de recibir y nos ofrece más garantías de fidelidad que la primera. El título inglés: *Gentlemen prefer blondes* ha sido respetado en la traducción, aunque no se adapte del todo a la novela y sea, más que otra cosa, un hábil procedimiento de herir la curiosidad semenil, siempre despierta por indagar el estado de sus valores en esa Bolsa tornadiza que es para ellas la predilección del «sexo fuerte».

¿Repetiremos que la obra escapa a la literatura? Se ha dicho ya todo lo que se podía decir acerca de la sintaxis atormentada, de las redundancias y de la total ausencia de estilo de la autora. Pero, a través de estas dificultades de su lectura, no hay un solo crítico que no haya sentido la vibración de una inteligencia muy penetrante en las páginas de esta historia de lo que Anita Loos—con un raro acierto—ha llamado «La Señorita Profesional». No es, pues, como una obra literaria como deberemos juzgarla, sino como un documento frívolo, lleno de

materiales que la literatura podría aprovechar y que, a pesar de estar todavía informes, recuerdan siempre algunas *maneras* literarias bien conocidas: la novela picaresca española del siglo XVI y la novela erótica francesa del siglo XVIII.

Después de la guerra de 1914, ha invadido el mundo un nuevo sexo, intermediario entre la mujer demasiado sensible del pasado y el hombre que un mimetismo especial con la máquina convertirá muy pronto en una máquina más. Este sexo nuevo—que no tiene que ver absolutamente nada con la *Sodoma y Gomorra* de Proust—es el de la *señorita profesional*. Los Estados Unidos le han dado su fórmula, su traje, sus costumbres. Era ya hora de que le dieran también su definición y, arrancándolo a la fotografía del cine, lo situaran en la perspectiva indirecta—plano oblicuo—de la novela. Esto ha sido el secreto de la inmoderada divulgación de la obra de Anita Loos. Se lee porque disimula los horizontes intelectuales que abarca bajo el aspecto de un documento vivo. La misma forma autobiográfica del relato lo anima y le proporciona un carácter probatorio. El lector se encuentra así ante una mujer y, al mismo tiempo ante un tipo. Desde este punto de vista, la obra de Mrs. Loos es, más que una novela un análisis psicológico, la materia de un estudio preciso. No empieza a ser obra de arte para dejar de serlo en seguida, sino en el minuto en que se convierte—al lado de la figura esencial—en una sátira de costumbres, en una burla de la civilización.

Su filosofía—¿cómo hablar de filosofía ante la fragilidad de una historia [rívola?—es de una amargura que la sonrisa constante de la autora no logra atenuar. Constituye el resumen de todos los egoísmos que la vida ha ido acumulando en el espíritu de ese grupo de codiciosas que se han dado el nombre de muchachas modernas y, desde otro ángulo, el juicio de los valores que *América*—entiéndase Estados Unidos—desdeña en el conjunto de la cultura occidental. La literatura, el arte, el gobierno—el Príncipe de Gales—la psicología—Freud—desfilan bajo la pluma de Anita Loos y adquieren inmediatamente sobre el papel las posturas más crueles. Lo importante para esta mu-

jer es, como temperatura de ambiente, el *Ritz*, ese hotel universal que sustituye para ella el color de los sitios visitados; como gimnasia, el viaje a través de los almacenes; como idilio, el cabaret. El claro de luna se ha convertido en un medio de hipnotizar a los hombres con su cocaína sentimental y de hacer menos dolorosa la extracción de un billete de banco. El paisaje se endureció tanto tras del cristal de una ventanilla que más parece un adorno de pullman que una realidad del itinerario. París es el lugar donde *Coty* y *Cartier*—esos héroes del perfume y del pendiente—han establecido sus monumentos y los museos sitios donde el turista entra a un concurso de resistencia, arruinándose los ojos en la contemplación de esos objetos inútiles que los caballeros no pueden regalar a las damas y en donde, como dice la autora «se habla continuamente de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI—que se dedican sin duda al negocio de las antigüedades».

Pero de todos estos vicios, la amargura que nos queda en la imaginación ¿no nos recuerda alguna experiencia semejante? Sí, y la que menos pudimos prever. Al género que más se parece la obra de Anita Loos no es al de las memorias de Casanova, sino a la novela picaresca de los siglos de oro, al *Lazarillo de Tormes*, al *Guzmán de Alfarache* y al *Diablo Cojuelo*. «Son esenciales a la novela picaresca—asegura Américo Castro en su admirable estudio del *Pensamiento de Cervantes*—la técnica naturalista, el carácter autobiográfico y el hecho de gustar la vida con mal sabor de boca». Estas tres circunstancias coinciden en la novela de Anita Loos. Ya hemos hecho notar la amargura de sus conclusiones morales. (No ofrece mayor cinismo el relato de la Vida del Buscón o la condición amoral del Lazarillo). En cuanto al sistema narrativo adoptado, es semejante en Mrs. Loos y en los autores de la novela picaresca española: la forma autobiográfica—que no hay que confundir con el *monólogo interior* de Dujardin, tan gustado por los novelistas de vanguardia: Valéry Larbaud en *Amants*, *Heureux Amants*, Joyce en *Ulises* y, antes que ellos, Proust. La autobiografía tradicional es más ligera que el monólogo interior

y elude las dificultades de análisis en que éste se goza. Superior en movimiento descriptivo, es inferior a él en profundidad.

Por donde Cervantes escapa precisamente a la novela picaresca es por el interés artístico con que mueve sus personajes dentro de un ambiente, por el color que comunica a los sitios. La novela picaresca es una novela de hechos. No le interesa el paisaje, sino las situaciones. El truhán se referirá a Sevilla, a Málaga y no sentirá nunca la necesidad de describirlas. Tal vez no las haya siquiera mirado. En esto también la obra de Anita Loos, sin méritos literarios de calidad, es una novela picaresca. La protagonista atraviesa Londres, París y Viena, sin mirarlas. Advertirá—es cierto—el hedor de algunas calles de París, pero será, sólo, para explicar la industria de la perfumería y, si critica las costumbres dietéticas de los alemanes—kermeses de salchicha y cerveza—, es porque ellas privarán a su amiga Dorothy de *afianzar* a un pretendiente.

Esta ausencia del *ambiente*—uno de los elementos esenciales de la novela del siglo pasado—coloca al libro de Mrs. Loos a un paso del siglo XVIII. ¿Qué son, en efecto, *Manon Lescaur* y *Les Liaisons Dangereuses* de Laclos sino la crónica muchas veces árida, el *documento* de la vida amorosa en el siglo de Luis XV? Si la pluma del Abate Prévost atenúa los acentos de la realidad no es nunca con propósito sentimental bien definido y puede decirse, sin paradoja, que la reputación lacrimosa de que su obra ha sido rodeada es, más que un resultado de sus méritos, la contribución inevitable del romanticismo que la juzgó. Caracterizan a los novelistas del setecientos una ausencia de escrúpulos y un afán escrutador de análisis que la actitud espiritual del mundo moderno ha vuelto a poner de moda. Si suprimiéramos de *La Nueva Eloísa* las descripciones del Lago y los paseos melancólicos de Rousseau no nos quedaría sino un modelo más de lo que puede la novela como instrumento analítico; acaso un eco precursor de la sinfonía psicológica en que había de convertirse bajo la mano enfermiza—ninguna más sabia—de Marcel Proust. De aquí que sólo aparentemente resulte absurdo insinuar una conexión definida entre la novela

abstracta del siglo XVIII y la historia de la muchacha norteamericana que nos presenta Anita Loos. También ella pretende escapar a toda realidad pintoresca. Escoge para ello el camino más corto: el de instalarse dentro de la realidad aun a riesgo de confundir su obra por momentos con la frivolidad de una crónica periodística.

En cambio, en contra de las costumbres de la novela del setecientos que mezclaba a los hechos las más ingeniosas teorías, la obra de Mrs. Loos transcurre en una absoluta ausencia de dogma. La autora ve admirablemente y ríe sin piedad de cuanto ve. ¡Pero su campo es tan estrecho! Mentiríamos si dijéramos que cabe en el espacio de una alcoba—nadie menos erótica que esta *señorita profesional*—pero no correríamos gran riesgo de equivocarnos al agregar que su generalización más cuantiosa no rebasa los límites de una simple *boutade*. Esta por ejemplo, citada al último por la sonriente filosofía que expresa: «Esta mañana a las diez, todavía durmiendo, me despertó Harry para entregarme una gran caja de parte de Piggie con una docena de orquídeas. Que es realmente de lo que se trataba, pues acostumbrando a Piggie a gastar diez libras diarias en un puñado de orquídeas no tardará en parecerle una verdadera ganga la diadema de brillantes. Siempre he pensado que el gastar dinero no es sino una costumbre y que si se logra habituar a un caballero a comprar a diario una docena de orquídeas es seguro que no se tardará mucho en inculcarle las mejores costumbres».

González Vera

Escuela Parroquial

LA Escuela Parroquial, a la que se me envió cuando todavía era muy pequeño, funcionaba en una feísima casa vieja, compuesta de grandes salas destartaladas y frías.

En el fondo del patio de recreo un árbol, seco y mudo, se estiraba hacia la altura azul.

Cuando estábamos en clase, el cura, que no dejaba de asemejarse al árbol, daba sus paseos con las manos cruzadas tras la espalda.

De entonces sólo conservo recuerdos de imágenes... Tal vez nos enseñaban alguna cosa... El preceptor era un individuo insignificante, rubio, bizco, temible; pisaba con la punta de los pies y gritaba sin cesar. No sonreía ni por broma. ¡Qué excelente carcelero hubiera sido!

Apenas la campana anunciadora de la clase sonaba, el torturador aparecía en el patio frotándose las manos. Nos formábamos apresuradamente y nos íbamos a la sala temblando por lo que debía suceder.

Lo odiábamos con entusiasmo y ejercitábamos nuestros espíritus en desearle las desgracias más abominables; pero el bárbaro estaba siempre en pie, sonrosado, elástico, con una salud desafiante.

Reinaba en la sala un silencio lúgubre... Nos mirábamos con mirada piadosa, y después nos quedábamos lívidos, estáticos,

inexistentes, respirando apenas y anhelando que la mirada del profesor resbalara sobre nosotros, sin detenerse.

Mientras hacíamos ese simulacro de ausencia él se alisaba su cabellera roja y nos fotografiaba con la mirada.

Luego comenzaba a tomar la lección con la cabeza inclinada sobre su cuaderno de notas. Solía toser algo; pero nunca tanto como para que se le comprometiesen los pulmones.

Desventurado era el chiquillo que no traía su tarea resuelta. El bizco, sin poner mala cara pero sin oír tampoco ninguna disculpa, le ordenaba colocarse frente al pizarrón.

No existía poder que evitara el castigo. La víctima, desde ese instante, empezaba a modular con la mayor sinceridad todos los tonos del sollozo, y nosotros también desde ese instante nos sentíamos embargados por la más intolerable de las angustias.

Nuestro torturador abría su escritorio con metódica lentitud. Buscaba, revolvía papeles y hurgaba con ese abandono del que se encuentra solo; pero cuando hallaba el guante, en su fisonomía desagradable se proyectaba una sombra de agrado.

El penitente, mientras duraba la búsqueda, gemía con cierto método. Cuando el tono decrecía y parecía extinguirse, era seguro que en su alma se afianzaba la esperanza de que el guante no fuese descubierto.

Desde nuestro banco podíamos seguir con precisión absoluta los movimientos del preceptor. La unidad sicológica de cuantos estábamos en la sala era maravillosa. Si su mano hurgaba con movimientos medidos, el gemido de la víctima oscilaba en el tono menor, y el ritmo de nuestros corazones era normal. Mas, si la mano se estiraba con vehemencia hacia el fondo del cajón, el gemido hinchaba el pecho del muchacho y ganaba espacio sin respeto a ninguna nota intermedia, y nosotros dejábamos de respirar.

Para el bizco era motivo de bochorno, después del precipitado adelantamiento de sus dedos, no dar con el instrumento. Es cierto que terminaba por imponerse; pero le molestaba que su víctima creyese, aunque fuera un minuto únicamente, en el real extravío del guante.

Apenas recordaba exactamente su colocación, iniciaba su venganza recurriendo a un infame ardid.

Quedábase reconcentrado, ido de sí mismo, y luego, con gesto desdeñoso, exclamaba:

—En fin... el guante ha desaparecido!

Todo eso era dicho con voz opaca, sin mirar a nadie, y como si ya no le interesara encontrarlo.

La víctima volvía a sentirse salvada, y para confirmar tan hermosa posibilidad se dirigía al maestro:

—Señor... ¡Perdóneme por esta vez. Le juro que...

El bizco, que no esperaba sino esa súplica para continuar su farsa, fingía no haber oído ni visto al muchacho, y de improviso estallaba, dándose con la punta de los dedos en la frente:

—¡Ah... pero si ayer lo guardé en el otro cajón!

Sacaba de su bolsillo una nueva llavecita y abríalo muy despaciosamente. El guante aparecía en el acto. Lo tomaba, se ponía de pie y lo llevaba con tiento, como si en vez de un trozo de cuero torcido llevase una culebra.

Sólo entonces volvía a mirarnos. Nos miraba con seriedad, como si nos conociese apenas. Era un cínico invulnerable.

Aunque el elegido se lamentase con más entusiasmo que Jeremías, el atormentado por la desventura de Babilonia, no reparaba en él hasta haber examinado a todos los demás.

—Ah... era usted—le decía.—Abra la mano...

El pobre colegial chillaba, cerraba los ojos, se retorció, daba gritos inverosímiles, ocultaba los brazos en la espalda, intentaba escaparse, se hincaba, perdía perdón, daba cabezadas contra el suelo. Todo era inútil. El canalla esperaba el término de la crisis sin inmutarse. Y cuando la mano se entregaba, hacía restallar el guante y azotaba una, otra u otra vez más.

Los gritos vibraban en los vidrios, llenaban el patio y se iban desmadejando por las calles desiertas...

Reflexiones

MUCHO se ha dicho sobre los perdidos encantos de la mujer moderna; todo aquello que se fué con la crinolina, el miriñaque y el bastidor. Apareciendo en las oficinas, en las escuelas universitarias, en los Parlamentos y por otro lado hasta en la modesta plaza de un guardián, dijo un adiós tal vez definitivo al mirar abajo, al sonreír callado y a la dulce y resignada quietud ante la vida. Hoy habla, escribe y gesticula exponiendo ante los ojos varoniles el posible y nuevo encanto de la mujer dinámica. Y quizás ante el juicio de los siglos cada aspecto tendrá allá su pedestal. En cambio el hombre ha perdido algo que nada tal vez le valdrá más. ¡Ha perdido el misterio!

Dicen que no son sólo los hombres los que lo han perdido, pero ese misterio de la mujer antigua sólo existía para el exterior, a través de mantos y rejas. Su espíritu, cual el de un niño, era claro y transparente para el hombre que la hacía suya, que vivía en su contacto. Mas él, era para la mujer ese mundo entero existente más allá de su balcón. Todos esos infinitos caminos que desde él partían llevaban siempre a un hombre. Los poblaba con la imaginación, presta a desarrollarse en la quietud, de mil cosas presentidas y hermoseadas a fuer de imprecisas. El encarnaba y daba vida a toda esa belleza. Así su sola presencia portaba inquietud, pues representaba todo aquello no vivido, todo lo vedado. Hoy aún sin haber vivido ya sabe

del misterio. Un hombre es un señor igual al compañero de oficina o de tranvía. Una persona con la cual se codea familiarmente, con la cual discute, con la cual compite. Algo que ya no tiene mayor interés. Este pobre ser extraordinario ya no es siempre extraordinario. Ya no pertenece a otro mundo ni es hecho de otra cosa, sino de las mismas miserias comunes. Ni ya le acomoda su papel de Virgilio en cuanto al paraíso, que sólo lo veían así, los ojos asombrados. Hoy para éstos, muy abiertos, él tan sólo trae la migaja de mentira ilusionada. Último reclamo de lo que fué el eje de la vida: el sentimiento. Últimos latidos de esta humanidad que ya no es «sentimental».

La atracción misteriosa del hombre por el hombre, es algo muerto, definitivamente muerto; hoy tan sólo alcanza a los temperamentos extremos o a la provincianita que el siglo dejó atrás.

Y así se engendra hoy muchas veces la castidad del escepticismo, y así también tuvieron lugar en otros tiempos las hazañas de don Juan y los escalamientos de balcón por hombres tan sólo vislumbrados.

En nombre de la imperiosa necesidad de soñar pensemos que dar la vuelta quizás sería un bien.

* * *

Leer la historia de la humanidad es llegar a la angustia espiritual.

Hay hechos que entristecen por el error o ferocidad que significan, pero no es esto lo que da más hondamente la nota de tristeza. Cuando acontecen aparecen como hechos aislados, los creemos «lunares» de la civilización; pero cuando leemos historia miramos en conjunto, y poco a poco nos va invadiendo lenta, pero segura, la sensación del caos.

En nuestra ingenuidad hablamos de «los tiempos atrasados», y en el fondo de cada cual está sin analizar, como un prejuicio, como algo establecido, la asociación del progreso y los siglos en un mismo caminar...

Existe el mejoramiento de las cosas materiales, pero ¿y la ar-

monía de la vida? Cada invento sólo cambia las fases de un problema. La humanidad aparece como un inmenso hacinamiento humano que se estrella contra una infranqueable muralla china, sin encontrar nunca la salida.

El egipcio que trasportaba piedras, bajo la acción del látigo, para formar la pirámide de Cheops es hermano del que hoy contribuye a construir un rasca-cielos. Ambos son esclavos de distintos amos: uno lo era de un hombre, el otro del dinero.

Los hijos de los espartanos, cuando eran débiles, no tenían derecho a la vida, porque serían los vencidos del mañana. Los hijos de este siglo a los cuales las mujeres ahogan bajo sus almohadas, tampoco tienen derecho a ella, porque la tierra entera se muestra inhospitalaria a ese alumbramiento.

El hombre de hoy, al construir para el porvenir, en el orden espiritual, debe pensar que su esfuerzo no alcanzará gran número de generaciones. Surgirá fatalmente ese suyo entre los suyos, colocado en la misma planicie desde la cual él mira la vida. El problema habrá dado la vuelta.

Raúl Cuevas

Cuento

YO la encontré en el bosque, junto a los albos juncos, en la noche de estrellas tan grandes como azucenas!

* * *

Dormía, sí, dormía, en un sueño gigante, curvada hacia la tierra, como una anémona blanca.

* * *

Espiga doblada sobre tierra de violetas, era su cuerpo grácil.

* * *

Su boca era tan breve: ¡para sujetar tan sólo un beso!

* * *

¡Oh! sus manos eran débiles, como la luna nueva!

* * *

Los álamos alargaban sus brazos transparentes, para vestir a la niña con sus hojas amarillas.

* * *

Y todo el cielo lloraba, por los ojos de las estrellas; y, eran lágrimas de rocío, suspendidas en las frondas, los cuerpos azules de las luciérnagas ebrias.

* * *

Estaba desnuda, como una estatua de plata, y eran sus pestañas dos mariposas moribundas.

* * *

Las lunas apagadas, dejaban un hielo manso en su cuerpo de nácar.

* * *

Era callado el bosque, como una cisterna verde. (La niña dormida era una estrella en el agua).

* * *

Y yo me acerqué a su cuerpo y entreabrí sus ojos, y ví que en sus ojos estaba dormido Dios.

* * *

Entonces, corrí a las linfas y ví, que mi cuerpo era, como una lágrima amarga, en el ojo de la noche inmensa.

* * *

Y corrí entre las retamas y los pinos perfumados, hasta sentir la aurora al borde de mis miradas.

* * *

Desde entonces, yo llevo la pena dentro del alma, tal así, una niña dormida entre los juncos albos!

Pío Baroja: el hombre y el escritor

BA actitud literaria de Baroja, según se desprende del análisis de sus libros, del relato de su vida y de la consideración de las ideas que transparecen en sus obras, puede establecerse con suma precisión. Baroja, como ha dicho Ortega y Gasset en su *Espectador* *, es «un hombre libre y puro, que no quiere servir a nadie ni pedir a nadie nada».

Su posición en la vida acusa una máxima independencia. Soltero, no tiene preocupaciones que salgan del ámbito de su propia persona. Pobre, goza, sin embargo, de una medianía burguesa y tranquila que facilita extraordinariamente el desarrollo de sus actividades literarias, sin necesidad de doblegarlo a exigencias incompatibles con su autonomía. Sin partido político, disfruta de una despreocupación doctrinaria que está de sobra afirmada en sus libros. Sin religión, da pruebas de un eclecticismo moral que es característico de la época moderna.

Sus libros tienen un primordial objetivo: ser leídos y entretener, y por ello están despojados de toda caparazón o envoltura. Se ha reprochado a Baroja su manera descosida de escribir. Mardariaga dice: «No contento con privar a sus obras de flores, naturales como artificiales, parece cultivar el desaliño y cuidar el abandono» **. En efecto, no es Baroja sólo un escritor es-

* *El Espectador*, tomo I, pág. 134.

** *Semblanzas literarias contemporáneas*, pág. 164.

pontáneo, arbitrario, aficionado a decir las cosas sin ambages ni subterfugios; parece tener, además, el prurito de decir las de una manera zafia. Si alguien quisiera someter a espurgo sus obras, hallaría en ellas decenas y decenas de errores: malas concordancias, defectos de régimen y de construcción, anfibologías, etc. No se concibe al autor puliendo un párrafo, sopesando el valor de una palabra, corriendo a ver en el Diccionario si un término es castellano o no lo es. Cuando escribe lo hace porque tiene algo que decir, y al escribir adopta la misma actitud que podría escoger para contar de viva voz una anécdota cualquiera. Narrador flúido, la retórica es para él letra muerta. El crítico francés Jean Cassou, con más sindéresis que sus colegas españoles, escribe: «Comme Stendhal, Baroja a été accusé d'écrire mal. C'est que, dans un de ses délicieux mouvements d'humeur il a un beau jour envoyé promener la grammaire. Et comme Stendhal, il faut reconnaître que nous tenons ici un admirable prosateur. Car il a, comme Stendhal, le trait incisif, le dessin net, l'affirmation presque insolente à force de précision et de simplicité». (*Les Nouvelles Littéraires*, París, Abril de 1927).

Leyendo a Baroja ocurre pensar si el autor no ha considerado lo que sus obras pueden adquirir con un mediano esfuerzo de ordenación, selección y refinamiento. Yo creo que más de una vez Baroja se habrá detenido en ello, pero que siempre, vigorosamente, ha rechazado el pensamiento de alterar la amena desproporción, la deformidad natural de sus libros.

En efecto, Baroja ha hecho caudal de su libertad, de su sinceridad, de su independencia. En libro muy reciente ha dicho: «Yo soy un hombre malhumorado y sincero»*. Su obra toda respira un aire de sin igual desenvoltura. Baroja no se siente atado por ninguna servidumbre, no debe nada a nadie, no pertenece a secta ni cofradía alguna. ¿Se concebiría que este escritor, personalmente autónomo, se afiliara, al llegar a su mesa de trabajo, en la orden de los que comulgan en el culto de la re-

* «Entretenimientos», pág. 15.

tórica? Francamente, hay que confesar que sería un poco absurdo.*

Pero, se dirá que hay hombres que tienen no menor independencia que Baroja y que, sin embargo, en su obra cumplen preceptos y se sujetan a normas. Tal vez. Pero conviene no olvidar el influjo de los antepasados en el escritor. La familia de Baroja no viene hablando castellano desde muchas generaciones. Citemos al azar que el propio padre del novelista, don Serafín Baroja, escribía artículos y versos en vascuence, y recordemos que por el lado materno hay en la herencia de Baroja sangre italiana. Los defectos sintáxicos de Baroja ¿no son, pues, lo que el propio Don Quijote llamó *concordancias vizcaínas*?

En Baroja hay un escritor incorrecto por naturaleza; no es más claro, ordenado y pulcro su estilo en el último libro del autor que en el primero de su vasta producción. Pero su forma de expresión, ansibologías aparte, es flúida y clara. No hay en su lenguaje transposiciones ni enumeraciones ni floreos. El autor escribe de corrido, sin detenerse, sin limar, sin escoger. ¿Lo hace por incapacidad? No parece que demande una extraordinaria inteligencia el cultivo del estilo. Lo que sí exige es aplicación, disciplina, esfuerzo, hasta pasión capaces de vencer las dificultades de que se halla erizada la tarea. Baroja es perezoso, es indisciplinado, no tiene esa constancia y ese heroísmo que demanda la faena literaria. Y, sobre todo, no olvidemos que es, a su modo, un amateur. Ese desprecio suyo por el *métier*, por la sujeción a las convenciones literarias no es o no sería propio de quien confesara ser escritor profesional. Al escribir como escribe, Baroja parece decirnos que la literatura—en lo que tiene de aliño y elaboración—lo deja sin cuidado.

En una palabra, Baroja no es flaubertiano, ni en lo que toca

* El crítico francés ya citado dice, en el mismo artículo, lo siguiente: «Ceux qui accusent de tels écrivains de mal écrire, c'est qu'ils ont sur le style les pires idées: en France, s'il a été de mode, pendant une époque, de dénigrer l'écriture de Stendhal, c'est qu'on était encore sous la désastreuse influence des poncifs introduits—il faut le dire—par la redondance monotone et fausement plastique de la rhétorique flaubertienne.» Autor de opinión tan poco ortodoxa es nada menos que Jean Cassou.

al estilo ni por lo que se refiere a su visión novelesca de la vida. Flaubert ve en la existencia un panorama de hospicio. Todos sus seres son enojosamente imbéciles. En «Madame Bovary», la novela cumbre de su estilo, no hay un personaje que despierte una simpatía, una sombra de afecto en el lector. Y es porque el autor tampoco experimentaba simpatía o afecto por tales entes. La vaciedad del mundo literario de Flaubert espanta. Son figuras de cera las suyas, muy compuestas y aliñadas en el soberbio vestido de su prosa impecable; pero frías y carentes de todo efluvio sentimental.

No hemos citado el nombre de Flaubert por simple curiosidad: nos parece posible definir a Baroja como un anti-Flaubert y a su concepción novelesca como la más anti-bovarista que cabe imaginar. En efecto, los valores están absolutamente alterados en ambos novelistas. Si Flaubert ve el mundo ambiente para hacer de él series ordenadas, cuadros simétricos, rigurosamente geométricos, paralelos como los arriates de un jardín, y si en él esparce, también con orden, seres vacíos, groseros e imbéciles, que sólo pueden suscitar nos odio o antipatía y que el mismo autor no revela amar, Baroja, en cambio, coge el mundo en su diversidad hormigueante, en su abigarrada contextura de azar y de dolor, y nos muestra seres por los cuales el escritor siente una profunda simpatía de hermano y de amigo. Su novela es por eso romántica y en su elaboración jamás ha faltado a Baroja esa dosis de sensibilidad y de amor a la humanidad que Dickens erigió en el primordial valor de su obra.

Por lo que respecta a las ideas del autor en materia política, moral, artística, religiosa, su obra toda rezuma un radical impulso destructivo. Para Baroja lo consagrado es, por esencia, lo que se debe evitar y, más aún, repeler. Si la religión católica es la de la mayoría del mundo occidental, Baroja será anticatólico. Si en arte domina una moda o una tendencia determinada, el autor defenderá otra que le sea contraria. Y respectivamente, en moral, en política, en todo lo que interesa al individuo, su posición será la más alejada del número, la más

individual y señera. No indica esto un anhelo morboso de notoriedad, incomprensible en un hombre altivo que ha sabido renunciar a toda granjería por independencia y soberbia. Baroja es un hombre original en cuanto tiene una como frescura bárbara, destructora, sin arrepentimiento, sin sombras teológicas, y lo es en cuanto su pensamiento va más lejos del tiempo presente. Sus ensueños de fraternidad y de acuerdo mutuo participan en algo de las teorizaciones de Kropotkin. Más que utópicas, sus palabras son ucrónicas. El autor habla de tiempos que no han llegado aún y que, acaso, ni siquiera se anuncian. Hoy—nos dice—dominan la sordidez, la lucha vital, el caciquismo, la teología, el dogma, el militarismo, el cálculo, la oquedad, la envidia. El hombre necesita acorazarse para triunfar. Hay una religión del éxito que, entre otras manifestaciones repugnantes, incita a juzgar del valor de un hombre no por el peso de sus ideas y por el rumbo de su conducta, sino por el producto que ha desprendido de su actividad. En este mundo de mezquindad un hombre de alma selecta como Baroja debe, necesariamente, sentirse extraviado.

Por eso la literatura de Baroja exuda una especie de irritación y de pesimismo. El novelista no se siente cómodo entre la iniquidad y el crimen, no soporta el espectáculo de la miseria sin sentirse moralmente deprimido, no puede continuar impasible en un ambiente pequeño y, sin embargo, desprovisto de resonancia.

El escepticismo, proclamado ya por el siglo dieciocho, ha necesitado llegar hasta estos días para tener plena y decisiva comprensión. Recién salidos del molde conventual y religioso, los hombres del setecientos tenían una manera de negar que era de puro entroncamiento dogmático. Varias generaciones de indiferentismo han producido al fin el hombre que no reconoce poder alguno superior al hombre mismo y que, si bien sigue los preceptos fundamentales de la moral cristiana, se aparta decidida y vigorosamente de las confesiones religiosas. No hay en estos hombres ningún ardor polémico contra la religión y sus ministros. Hay sólo un sano alejamiento de lo que, para sus almas de hombres modernos,

parece residuo de la edad cavernaria y simple metamorfosis de costumbres mágicas.

La literatura de Baroja está inspirada en ese escéptico indiferentismo que toca las lindes del pensamiento agnóstico. Los héroes barojianos viven al margen de la existencia levítica, pero como ésta tiene en España fuerza de catapulta, a menudo los vence. Tal es, por ejemplo, la conclusión de una de las primeras novelas de Baroja: «Camino de Perfección».

En este momento conviene recordar que la obra de Baroja está desprovista de todo contenido pedagógico. Eso no quita que el novelista aproveche las oportunidades que se le ofrecen para hacer campaña contra el amortajamiento de la vida española en la moral que llama levítica. Pero la labor demoledora de Baroja no alcanza a asumir los contornos de la propaganda. Ninguno de sus libros puede ser confundido con los libelos antireligiosos que circulan corrientemente. Y, sin embargo, en cada uno de ellos hay o una afirmación antireligiosa o una escena inspirada en el mismo sentimiento o la pintura de tipos y ambientes destinados a infundir en los lectores el horror que el artista siente por la religión y la clerecía.

No es idea fija de su obra el odio a la religión: lo mismo que a ésta, odia a la guerra, desprecia al socialismo, se ríe de los aristócratas, insulta a los tradicionalistas, dice no comprender o no amar * a muchas clases de hombres y de hechos de la vida. El autor, como todo hombre, tiene un ideario en que juegan diversos principios y se albergan muy disímiles preocupaciones. ¿Hay entre unos y otras correlación estricta, o, dicho de otro de otro modo, constituyen ellos un sistema ideológico? No. Baroja, como autodidacto, tiene una tabla de valores que, para abreviar, debemos llamar arbitraria, y que lo es en forma absoluta si se observa que el autor ha procedido, para for-

* Cierta manera de crítica francesa ha querido convencer a los espíritus débiles de que esas palabras, literariamente al menos, son sinónimas. Quisiera afirmar claramente mi disentimiento de tan frívola opinión. ¿Cuántas cosas hay que comprendemos perfectamente y, sin embargo, no amamos? Y en el amor mismo, ¿quién puede jactarse de comprenderlo todo?

marla, sin atender más que al azar de la existencia y a las afinidades de la simpatía. ¿Por qué Baroja no siente apego ninguno por el socialismo? Pues porque el socialismo tiene a sus ojos el significado de una disciplina o regimentación en que se igualan los mediocres y los distinguidos. Y Baroja, nietzscheano auténtico en ese como en otros aspectos, siente antipatía por semejante tipo de disciplina, si no por toda ralea de ella. En suma, sus preferencias han nacido sólo de la reacción de su humor sobre el mundo. Y si ya sabemos que su humor es acre, ¿por qué extrañarnos de que su reacción sea también acre y violenta?

Hay, pues, en Baroja, un descontento, un revolucionario, un indisciplinado, de donde un escritor espontáneo, un literato antiacadémico, antireligioso, aficionado más al presente que al pasado y más al porvenir que al presente. Su obra no trata de ser un sostén de la sociedad actual sino, al contrario, propugna una nueva ordenación social. ¿Cuál? El autor no nos lo dice, pero al señalar los defectos y vacíos de la organización presente advierte tácitamente lo que se debe evitar en la futura. Fuera de las declaraciones humorísticas, en que el autor afirma ser su ideal una sociedad sin moscas, carabineros ni curas, en los libros de Baroja tenemos indicaciones numerosas sobre los caracteres de una sociedad del porvenir. No las señalaremos en un esquema. El objeto del presente trabajo es mostrar al escritor en su aspecto literario y no en el sociológico que su obra, sólo incidentalmente, inviste.

En suma, Baroja se afilia en la extrema izquierda. Su radicalismo ha sido sostenido con denodada y ejemplar constancia, debido al amor de Baroja por la independencia, que lo ha mantenido alejado de toda contemporización o concomitancia con los elementos que son sus adversarios. Como nada les debe, no se halla obligado a guardar para con ellos las formas de una esquisitez que él, hombre natural, íntimamente repudia. Esta filiación romántico-radical de Baroja ha inducido a cierto número de sus lectores al error de suponer que el novelista es hombre de vida irregular. Nada más lejos de la verdad. Salaverría, en su

libro tantas veces citado, escribe: «Desde su primera página hasta la última, este escritor confiesa y expone siempre su radicalismo en política, en moral y en religión. No se nota en él una concesión, un decaimiento. Hoy aparece tan rebelde como el primer día». Y también: «Es un hombre manso, que no ha tenido nunca vicios ni apenas necesidades; que nunca se ha quejado de hambre o de sed o de ganas de fumar; hijo respetuoso y hondamente devoto de su madre; cada día más filial y más casero, más gato de cojín y de estufa, menos realizador...» *

No hay antagonismo virtual entre la manifestación extremista de su literatura y la burguesa placidez de su vida. El ideal moral de Baroja es íntimo y recogido, si bien en años de juventud, ha confesado, soñó con realizar cosas que salieran de lo común. «Me sentía—ha dicho **—impulsado a la turbulencia, al dinamismo, al drama. Naturalmente, era anarquista; ¿ahora lo soy? Creo que también». Para el novelista el futuro debe presentarse con una cara amable y mundana. La descripción de la sobremesa animada, en compañía de mujeres hermosas y elegantes y de hombres de ingenio, que el autor ofrece en «Juventud, Egoatría» ***, es ideal bien burgués y limitado. Es casi un ensueño mediocre, propio de un buen hombre cándido que no se aventurase a llevar más lejos, por timidez, la fantasía. Por cierto estamos allí muy distantes del *elogio metafísico de la destrucción*, con que Baroja asombró a los burgueses hace veinte años.

Sin embargo, no es esta una expresión decisiva del genio barojiano. Más representativo es el planteamiento de una fraternidad futura de una comunidad de hombres conscientes de su propia vida y de su individual acción dentro de la colectividad, esbozada por Baroja a través de más de una docena de sus libros, a veces de manera puramente incidental, otras con más sostenido interés y entusiasmo. Tal vez los años hayan traído al escritor más de un desencanto. Sin duda hoy cree más lejana que en

* «Retratos», págs. 73 y 63.

** «Juventud, Egoatría», pág. 34.

*** Pág. 119.

su juventud la renovación soñada. Pero eso no quita que en sus libros aparezca con insistencia el tema de una vida en que los valores hayan sufrido la revisión que preconizó Nietzsche y los hombres ocupen, por tanto, su lugar legítimo. Esta idea, por más que se metamorfosee el ideario de Baroja y debido a la representación que tiene en sus obras ya escritas, no dejará de tener un lugar central en él.

Jack London

Fuerzas de mujeres

Traducción especial para ATENEA.

UNA cabeza de lobo, con ojos penetrantes y los párpados rojos por el frío, apareció entre las cortinas de la carpa. —Hi! ¡Chook! ¡Siwash! Pedazo de demonio—gritaron los de adentro.

Bettles golpeó al perro con un plato de lata y lo apartó con fastidio. Louis Savoy bajó las cortinas, le dió un puntapié a una sartén y se calentó las manos. Hacía mucho frío afuera. El termómetro había llegado a 68 grados bajo cero, y desde ese momento el frío no había cesado de aumentar. No se podía decir hasta dónde llegaría ese frío trasminante. Pero si era grande el frío de afuera, adentro no había precisamente calor. El único artículo que podía considerarse como un mueble era la estufa y por esto los hombres eran francos en demostrar su preferencia por ella. En el piso habían puesto tablas sobre las que habían extendido las pieles para dormir, y abajo había nieve. El resto del piso estaba cubierto de cuero y salpicado de ollas y jarros y todo lo que se necesita en una tienda de campaña. La estufa estaba colorada y ardiendo, pero a no más de tres pies había un trozo de hielo, tan entero que parecía recién cortado.

—Miren, hermanos—empezó Sitka Charley desde su asiento en la caja en que se guardaba la comida.—Ustedes han habla-

do de la flaqueza que muestran los músculos de los hombres grandes, de las fuerzas de las mujeres y del amor, y han hablado bien; pero yo recuerdo cosas que sucedieron cuando la tierra era joven y los hombres tenían el corazón ardiente. Fué entonces cuando traté a un hombre grande, pero que tenía su flaqueza, y a una mujer. La mujer era pequeña pero su corazón era más grande que el corazón de buey del hombre. Hicimos una jornada triste hasta Salt Water, y el frío era intensísimo, la nieve profunda y el hambre terrible. El amor de la mujer era un amor sublime: no puede concebirse nada más grande que él.

Se calló y con el hacha rompió pedazos de hielo del gran trozo que estaba a su lado. Estos los arrojó en la cacerola que, sobre la estufa, deshela el agua.

—Hermanos, mi sangre se tiñó de rojo en Siwash pero mi corazón es blanco. A las faltas de mi padre debo la primera y a las virtudes de mis amigos el otro. Era yo apenas un niño cuando conocí una gran verdad. Aprendí que a personas como a ustedes se les había dado la tierra, que Siwash no los podía sujetar y yo, a no ser por ustedes, habría perecido en el frío lo mismo que el oso. Así llegué hasta aquí, donde fui acogido con calor, y desde ese día fui uno de ustedes. He visto mucho en mi vida. He conocido cosas raras; he perseguido la fortuna en grandes viajes con hombres de muchas razas. Y eso me enseñó a pensar y a juzgar a los hombres por sus actos. Por eso cuando hablo severamente de la bondad de uno de ustedes, espero no lo tomarán a mal, y cuando alabo a uno de los de mi pueblo natal no dirán ustedes que «Sitka Charley es de Siwash y hay orgullo en sus ojos y algo de jactancia en su palabra». ¿No es así?

Cada uno de los que oían asentían en su interior.

—La mujer se llamaba Passuk. Hice un buen negocio al comprarla a su gente que era de la costa, y que tenía su casucha a orillas del mar. Yo no me enamoré de la mujer ni admiré sus encantos porque ella casi no levantaba sus ojos del suelo y era tímida y miedosa como esas niñas a quienes se las

arroja en brazos de un extraño. Como dije, no había lugar en mi corazón para complacerla porque tenía un gran viaje en perspectiva y necesitaba uno que diera de comer a mis perros y me ayudara a remar durante mis largos días de río. Una frazada nos cubría a los dos, por eso elegí a Passuk.

«¿Les he dicho que era un empleado del Gobierno? Si no lo dije es conveniente que lo sepan. Me embarqué en un buque de guerra con trineos, perros y alimentos en conserva, y conmigo fué Passuk. Fuimos al norte en el invierno por la orilla helada del Estrecho de Behring donde desembarcamos Passuk, yo y los perros. El Gobierno me dió dinero, porque era su empleado, y planos de tierras desconocidas y credenciales. Estas estaban selladas y protegidas cuidadosamente del tiempo, y tenía que entregarlas a los balleneros del Artico mandados por el gran Mackenzie. Jamás he visto un río tan grande, exceptuando nuestro Yukon, el padre de todos los ríos.

«Esto no tiene ninguna relación con mi historia ni tampoco con los balleneros ni con el tremendo invierno que pasé cerca de Mackenzie. Cuando llegó la primavera y los días se alargaron y había una costra de nieve, bajamos al sur, al país del Yukon, Passuk y yo. Era un viaje penoso, pero el sol nos indicaba el camino que debíamos tomar. Era, como he dicho, una tierra desolada y trabajamos contra la corriente con palo y remo hasta que llegamos a Forty Mile. ¡Qué alegría ver caras blancas de nuevo! Nos instalamos en la orilla y allí pasamos un invierno. La oscuridad y el frío cayeron sobre nosotros y con ellos el hambre. A cada hombre el agente de la compañía le daba cuarenta libras de harina y veinte de manteca. No había porotos. Los perros ladraban siempre y había estómagos secos y caras ojerosas de hambre. Y los hombres fuertes se debilitaban y los débiles se morían. Había también mucho escorbuto.

«Una noche fuimos a un almacén y los escaparates vacíos nos hacían sentirnos más hambrientos. Hablamos a la luz del fuego porque las velas las habían guardado para los que podían llegar a vivir hasta la primavera. Se originó una discusión y se dijo que un hombre debía ir hasta Salt Water a contar a los

demás la miseria en que se encontraban. Al decir esto, todos pensaron en mí, porque yo tenía fama de ser un gran viajero. «Hay setecientas millas a Haines Mission por la costa,—dije,— y cada pulgada cuesta un duro trabajo en la nieve. Déjenme elegir los mejores de sus perros y lo mejor de su comida y yo iré, pero conmigo irá Passuk».

«Con esto estuvieron todos de acuerdo, pero se levantó uno, Long Jeff, un yankee macizo y bien musculado y que era un farsante. Dijo que él era también un gran viajero, que había nacido en la nieve y que se había alimentado con leche de búfalo. Iría conmigo y en caso que yo pereciera en el camino, él podía llevar la noticia a la Misión. Yo era joven y no conocía a los yankees. ¿Cómo iba a suponer que un hombre tan grande fuera sólo un farsante y que los yankees cuando hacen grandes cosas las hacen en silencio? Entonces elegimos los mejores perros y la mejor de la comida y partimos los tres: Passuk, Long Jeff y yo.

«Bien, ustedes han andado por caminos rompiendo nieve virgen, trabajado con el palo de la nieve, y también están acostumbrados a andar en los ríos escarchados, por eso les hablaré poco del trabajo que hicimos. Algunos días anduvimos diez millas y otros treinta, pero más a menudo diez. La comida que llevábamos, con ser de la mejor, no era buena. De la misma manera, los mejores perros eran enclencles y nos costaba hacerlos andar. En el White River nuestras tres balsas eran ya sólo dos y no habíamos andado sino doscientas millas. Pero no perdimos nada, y los perros que se morían eran devorados por los que quedaban vivos.

«No encontramos a nadie ni vimos el humo de ninguna chimenea hasta que llegamos a Pelly. Aquí contaba con comida y contaba con dejar a Long Jeff, que fué quejándose todo el camino. Pero era porque los pulmones no le daban más; tenía los ojos brillosos y su mochila estaba casi vacía. Había un grupo de indios allá, pero no había niños ni viejos y se veía claro que pocos llegarían a la primavera.

«Así seguimos, con el estómago vacío y el corazón pesado con quinientas millas de nieve, y silenciosos. La oscuridad era

cada vez peor; a medio día el sol no dejaba ver ni una línea al sur, pero los trozos de hielo eran más pequeños, lo que facilitaba la marcha. Apuré los perros e hicimos una larga jornada. Como dije, en Forty Mile cada pulgada era de nieve y los zapatos nos hicieron grandes heridas, que criaban costras pero que no cerraban. Y cada día estas heridas eran más dolorosas. En la mañana, cuando nos poníamos los zapatos, Long Jeff lloraba como un niño. Lo puse en la parte de adelante de la balsa para que abriera el camino, pero se quitó los zapatos para sentirse mejor. Su delantal de cuero estaba agujereado y en sus hoyos los perros se escondían. Los huesos de los perros ya se quebraban a través de su piel y esto no era nada de bueno para ellos. Así le hablé al hombre duramente y él me prometió y no cumplió su promesa. Entonces le pegué con la huasca de los perros y después de esto los perros no lo hicieron más. Era un niño a pesar de ser un hombre gordo y de quejarse.

«En cambio Passuk, mientras el hombre se quedaba a la orilla del fuego llorando, cocinaba, y en la mañana me ayudaba a atar los arneses y en la tarde a desatarlos. Y ella salvó a los perros. Siempre estaba lista levantando los zapatos y haciendo el camino fácil. Passuk... ¿cómo diré? Yo encontraba lo más natural que ella hiciera estas cosas y no pensaba más en ello porque estaba preocupado de otros asuntos y además era muy joven y sabía muy poco de mujeres. Fué sólo más tarde cuando vine a comprender.

«El hombre llegó a tal extremo que no servía para nada. Los perros ya no tenían fuerza, pero él aprovechó para irse en el trineo cuando se quedaba atrás. Passuk dijo que ella tomaría uno de los trineos, de manera que el hombre no tuviera nada que hacer. En la mañana le daba su buena parte de comida y lo encaminaba. Después la mujer y yo nos quedábamos deshaciendo la carpa y empaquetándola en los trineos y poniéndoles los arneses a los perros. Al medio día, cuando el sol se burlaba de nosotros, alcanzábamos al hombre, que tenía las lágrimas hecha hielo en sus mejillas, y lo pasábamos. En la no-

che armábamos las carpas, le dejábamos su buena ración de comida y tendíamos las pieles. También hacíamos un gran fuego que él pudiera ver. Y horas después llegaba cojeando y gimiendo, devoraba su comida y se ponía a dormir. Este hombre no estaba enfermo; estaba solamente cansado, débil y hambriento, y nosotros hacíamos todo el trabajo y él no hacía nada. Pero tenía la flaqueza de la cual nuestro hermano Bettles nos había hablado.

«Un día encontramos dos fantasmas viajando a través del silencio. Eran un hombre y un niño blancos. El hielo abrió en el lago Le Barge una canal y por ahí se les había ido todo su apero. Cada uno llevaba una frazada sobre los hombros. Por la noche hacían fuego y se quedaban acurrucados a la orilla de él hasta la mañana. Tenían un poco de harina. Ésta la desleían en agua caliente. El hombre me mostró ocho tazas de harina, que era todo lo que tenían para llegar a Pelly, que está doscientas millas más adelante, y me contó que un indio había quedado más atrás y que a este indio le habían pegado porque no quería seguirlos. Yo no creo que le hubieran pegado porque de ser eso cierto, el indio habría seguido con ellos. No pude darles comida. Intentaron robarme un perro, el más gordo, que estaba bastante flaco, pero yo les puse mi revólver al pecho y les dije que se fueran. Y se fueron como borrachos, a través del silencio, en dirección a Pelly. Tenía tres perros ahora y un trineo, y los perros eran sólo huesos y pellejo. Cuando había poca leña el fuego se apagaba en seguida y la cabaña se helaba. También nosotros nos helábamos. Comiendo poco el frío era más intenso, y nuestras caras heladas estaban negras hasta el extremo que nuestras madres no nos habrían conocido. Teníamos los pies muy heridos. En la mañana, al reanudar la marcha, me costaba retener un grito cuando me volvía a poner los zapatos. Passuk nunca abrió sus labios y partía adelante para abrir el camino. El hombre bramaba. Thirty Mile fué rápido. La corriente que pasaba bajo el hielo se llevaba grandes trozos de éste y abría grietas y hendiduras. Un día encontramos un hombre descansando, porque se había ido en la mañana

como era su deseo. Pero entre él y nosotros había agua. El hombre había pasado por una orilla de hielo demasiado angosta para permitir el paso del trineo. Por eso tuvimos que cruzar a pie el puente de hielo. Passuk pesaba poco y pasó primero con un gran palo cruzado en sus manos por si se quebraba el hielo con su peso. Pero era liviana y tenía zapatos grandes, y pasó. Entonces llamó a los perros, pero éstos no tenían palo ni zapatos, y se quebró el hielo y se sumergieron bajo el agua. Yo me tomé firmemente de la parte de atrás del trineo hasta que se abrió bien el hielo. Aunque los perros estaban flacos, esperaba que nos durarían una semana más.

«La mañana siguiente, dividí toda la comida, que era poca, en tres porciones y le dije a Long Jeff que si quería siguiera con nosotros, como le conviniera, porque íbamos a viajar muy ligero. Pero él alzó la voz y lloró. Habló de sus pies heridos y dijo cosas bien duras sobre la amistad. Los pies de Passuk estaban heridos y los míos también, más heridos que los de él porque habíamos trabajado reemplazando a los perros. Long Jeff juró que moriría antes de reanudar la marcha. Entonces Passuk tomó su abrigo de piel y yo una cacerola y un hacha, y quedamos listos para partir.

Pero ella miró la porción de hombre y dijo: «Es una lesera gastar comida en una guagua. Sería mejor que muriera». Yo moví la cabeza y le dije que no, porque el compañero de una vez debe ser siempre un compañero. Entonces ella habló de los compañeros de Forty Mile; eran muchos y buenos hombres, y esperaban que por mí tendrían comida en la primavera. Pero cuando yo insistí en mi idea, ella me arrebató ligero la pistola de mi cinturón y, como nuestro hermano Bettles ha dicho, Long Jeff se fué al Seno de Abraham antes de tiempo. Yo reconvine a Passuk por esto, pero ella no se mostró muy triste. Y en mi corazón yo sabía que había hecho bien».

Sitka Charley guardó silencio y arrojó pedazos de hielo en la olla que estaba en la estufa. Los hombres permanecieron callados.

Y día a día nos encontrábamos con los fantasmas durmiendo

y aumentaban nuestros deseos de llegar a Salt Water, porque sabíamos que íbamos a tener una gran alegría. Entonces llegamos donde el indio, que estaba como otro fantasma, con la cara vuelta hacia Pelly. No le habían pegado, como dijeron, el hombre y el niño, y no tenía harina para tres días. Cada día hervía pedazos de su delantal de cuero y se los comía. Ya casi no le quedaba delantal. Era un indio de la costa y me contó estas cosas por intermedio de Passuk que hablaba su idioma. Era un extranjero en Yukon y no sabía el camino, pero su intención era llegar a Pelly.

«No pidió comida porque vió que apenas teníamos para nosotros. Passuk miró al hombre, vacilando azorada como una paloma cuando sus pichones se encuentran en peligro. Entonces me volví a ella y le dije: «A este hombre lo han tratado mal. ¿Le daré de nuestra comida una porción?» Vi sus ojos iluminados de placer, pero miró largamente al hombre y a mí, apretó su boca y dijo: «No; Salt Water está muy distante y la muerte puede venir y es preferible que se lleve al extraño y me deje a mi Charley». Y el hombre siguió silencioso hacia Pelly. Esa noche ella lloró. Nunca la había visto llorar. No era a causa del humo del fuego, porque la leña estaba seca. Por eso me sorprendió su tristeza y pensé que su corazón de mujer se había ablandado con el cansancio y el dolor de la jornada.

«La vida es una cosa extraña. ¿Por qué esta ambición por vivir? Es una partida que no gana el hombre. Es duro vivir. Por dolor las guaguas dan su primer vagido, y por el dolor el viejo da su último estertor mientras va, con los brazos abiertos, hacia la muerte, debatiéndose y defendiéndose hasta el último. Y la muerte es bondadosa. Sólo la vida y las cosas de la vida son las que hieren. Sin embargo, amamos la vida y odiamos la muerte. Es extraño.

«Passuk y yo hablamos poco en los días que siguieron. En la noche nos acostábamos sobre la nieve como muertos, y en verdad todas las cosas estaban muertas. No había ardillas ni conejos; no hacía calor ni se oía ruido alguno: sólo se sentían el frío amargo y el silencio. Como dije, caminábamos como

muertos, como en un sueño, y perdimos la noción del tiempo.

«Nuestra última comida llegó y habíamos dividido bien, mitad y mitad, Passuk y yo, pero ella caía a menudo y al cruzar el Caribou le fallaron las fuerzas. Y en la mañana nos acostamos bajo el único abrigo y no seguimos la marcha. Yo estaba decidido a permanecer ahí y a que la muerte me encontrara junto a Passuk, porque de repente me había convertido en hombre y conocía el amor de una mujer. Faltaban ochenta millas para Haines Mission y mucho más arriba del aserradero se veía el gran Chilcoot. Y Passuk me habló así:

— «Tú eres mi hombre, Charley, y yo he sido una buena mujer para ti y todos los días te he encendido el fuego, hecho tu comida y alimentado tus perros y levantado los remos y los palos para seguir el camino, sin quejarme, sin decir que hacía más calor en la cabaña de mi padre o que habría más comida en Chilcoot. Cuando tú has hablado, yo he escuchado. Cuando tú has ordenado, yo he obedecido. ¿No es así, Charley?

«Y yo dije:—En realidad, así es.

— «Cuando llegaste a Chilcoot—agregó—no me miraste, y me compraste como un hombre compra un perro, y me llevaste lejos. Mi corazón estaba resentido contigo, y lleno de amargura y temor. Pero de eso hace mucho tiempo. Tú fuiste bondadoso conmigo, Charley, como un buen hombre es bondadoso con su perro. Tu corazón estaba helado y no había ni un huequito para mí. Sin embargo me trataste mal, y tus actos fueron justos. Y yo estuve contigo cuando hiciste grandes cosas y grandes aventuras y te comparé con hombres de otras razas y te vi entre ellos lleno de honor, y tu palabra era sabia y tu lengua decía la verdad. Y poco a poco me puse orgullosa de ti, hasta que llegó el día en que tú llenaste mi corazón y todos mis pensamientos eran para ti. Tú fuiste como el sol en el rigor del verano, cuando se ve el cielo permanentemente rojo. Y donde yo miraba veía el sol. Pero tu corazón estaba siempre helado, y no había en él ni un rinconcito para mí,

«Le dije:—Fué así. Mi corazón estaba frío y no palpitaba por ti. Pero eso ya pasó. Ahora mi corazón se parece a la nieve

en primavera cuando el sol ha vuelto. Hay un gran deshielo, y está rendido. Me parece sentir un ruido de aguas que corren y creo que asoman los brotes verdes. Y hay arrullos de pichones y cantos de petirrojos y música, porque el invierno pasó, Passuk, y conocí el amor de una mujer».

«Ella sonrió y se acercó a mí para que yo la tomara, y dijo: «Estoy contenta». Después de esto se quedó silenciosa por mucho rato, respirando suavemente, la cabeza apoyada en mi pecho. Después dijo muy bajo: «La jornada termina aquí y estoy cansada, pero me gustaría hablarte de otras cosas. Hace tiempo, cuando era pequeña, en Chilcoot, jugaba sola entre los fardos de cuero en la cabaña de mi padre, porque los hombres andaban de caza y las mujeres y los niños estaban guardando la cosecha. Era en primavera y estaba sola. Un gran oso café, recién despertado de su sueño invernal, hambriento, su pellejo colgante de flacura, asomó la cabeza por las tablas y dijo: «¡Uf!» Mi hermano llegó corriendo con el primer trineo de cosecha y peleó con el oso con palos encendidos que sacó del fuego, y los perros metidos en los arneses de los trineos y seguidos por éstos cayeron sobre el oso. Fué una gran batalla y hubo gran bulla. Rodaron por el fuego los fardos de cuero y se desparramaron, y la cabaña quedó toda desordenada. Al final el oso cayó muerto con los dedos de mi hermano en su hocico, después de haber dejado las marcas de sus garras en su cara. ¿Notaste que al indio que encontramos en el camino a Pelly le faltaban los dedos de la mano que calentó en el fuego? Era mi hermano. Y yo le dije que no había comida y se alejó silencioso sin comida.

«Este, mi hermano, era el amor de Passuk que murió en la nieve en el Caribou Crossing. Y Passuk prefirió a su hermano, este hombre que la hizo andar una larga y triste jornada para un fin tan amargo. Tomó mi mano y la colocó en un bolsillo que llevaba en la cintura y ahí supe el secreto de su debilidad. Día por día medíamos igual la comida; la mitad no más comía ella de su porción. La otra mitad la guardaba en su bolsillo. Y ella dijo: «Este es el final de la jornada para Passuk, pero

tu viaje debe seguir hasta el gran Chilcoot en Haines Missions en la costa. Y debes seguir con la luz de muchos soles en tierras desconocidas y aguas extrañas, y vas a estar lleno de grandes honores y glorias. Te va a conducir a cabañas de muchas mujeres y buenas mujeres, pero nunca hasta un amor tan grande como el de Passuk».

«Y yo sabía que la mujer decía la verdad. Pero una locura me invadió, tomé el bolsillo que me dió con la comida y lo arrojé lejos. Y juré que mi viaje había llegado a su fin, hasta que sus ojos se pusieron suaves con lágrimas, y ella dijo: «Entre los hombres Sitka Charley anda con honor y siempre ha sido su palabra verdadera. ¿Has olvidado ese honor y estás hablando vanas palabras? ¿No te acuerdas de los hombres de Forty Mile que te dieron lo mejor de su comida y lo mejor de sus perros? Siempre ha estado Passuk orgullosa de su hombre. Sigue no más; ponte los zapatos de invierno y anda, que ella siempre guarda el orgullo que tiene de tí».

«Y cuando se enfrió en mis brazos me levanté y busqué otra vez el bolsillo con comida, me puse los zapatos y salí arrastrándome por el camino, porque había una debilidad en mis rodillas y mi cabeza estaba desvanecida y mis oídos zumbaban y mis ojos veían como fuego. Las carreteras de mi infancia volvieron a mi mente. Me sentí al lado de las ollas llenas de comida y me puse a cantar y a bailar con las entatreo de los hombres y de las mujeres. Y Passuk tomaba mi mano y caminaba a mi lado. Cuando me acostaba a dormir ella me despertaba. Cuando tambaleaba y me caía ella me levantaba. Cuando me perdía en la nieve profunda me conducía al camino.

Y así como un hombre privado de la razón que ve raras visiones y sus pensamientos están iluminados por el vino, llegué a Haines Missions por el mar».

Sitka Charley corrió las cortinas. Era medio día. Por el sur se estaba poniendo el sol, relumbraban los rayos. El aire era un reflejo de frío y de sol.

Las partes de una Gramática y la Semántica

ALONE, crítico literario de *La Nación*, cuya estudiosidad pudimos apreciar brevemente, cuando conversamos con él, publicó un interesante y entretenido artículo intitulado *Historia de palabras* *. Pero deseamos puntualizar algunos conceptos, pues fuimos aludidos, aunque en forma anónima, por su autor.

Hablar, empero, de Gramática, es recordar dificultades duramente vencidas y materias olvidadas con secreto deleite. Existe verdadera inquina entre muchas personas por esta ciencia. ¿A qué se deberá? He aquí una pregunta que profesores experimentados podrán responder. Mas para llegar a conclusiones lógicas conviene aclarar bien las ideas y mirar intelectivamente el pasado, para explicarnos mejor el tema por tratarse.

El investigador griego no vió con nitidez la cesura sutil que separa el orbe científico del artístico. Es debido a esa falla de óptica filosófica que la Gramática en Grecia fué un arte. El romano que no hizo más que trasladar de lugar la cultura helénica, siguió cometiendo parejo error. Si pensamos ahora en la vitalidad horrorosa de los errores, comprenderemos por qué hasta hoy la Real Academia Española define esta rama del saber como «el arte de hablar y escribir una lengua». Bien dijo Aris-

* ATENEA, N.º 4. Junio 30 de 1927, p. 366.

tóteles que lo evidente es indemostrable. Es tan evidente el error de la definición académica que bien vale no recordarla más.

En concordancia de claros conceptos, se ha definido la Gramática como la teoría que explica los fenómenos materiales, psicológicos y literarios del lenguaje. Así considerada la «ciencia del idioma», tiene substantivas relaciones con la Lingüística y la Filosofía. ¿Con qué objeto tres ciencias que estudian un mismo conjunto de fenómenos: la lengua, se preguntará el lector? El idioma—responderíamos—es instrumento humano de tanta valía que muy justamente merece un grupo de ciencias para ser estudiado en todas sus manifestaciones, como la cultura manda.

Los distintos linajes de los fenómenos de la lengua, requieren departamentos especiales para su estudio. De aquí que como esquema de una Gramática general y sistemática propongamos las siete partes siguientes:

1. Fonética (Prosodia).
2. Morfología (Analogía).
3. Sintaxis.
4. Ortografía.
5. Lexicología.
6. Semántica, y
7. Estilística.

Cuanto a las cuatro primeras partes anotadas, no necesitan de especial explicación, puesto que son las más conocidas. Hemos colocado entre paréntesis la nomenclatura académica; aunque estamos convencidos que esa terminología es arcaica e inexacta.

En la arquitectura de esta Gramática, que aún no existe, nos hemos apartado hasta de la doctrina del doctor Lenz, pues el sabio profesor sólo propone seis partes*.

Pero la Fonética, según él, estaría a su vez dividida en cuatro sub-partes. Nosotros le hicimos notar—en clase—que la Ortografía, dado la importancia que tiene en una lengua literaria,

* Rodolfo Lenz, La enseñanza del Castellano y La reforma de la Gramática, Memoria. Ed. Universo. Santiago, 1920.

debería comprender una parte especial e independiente en la teoría del idioma

Que la Etimología sea una parte de la Gramática, como lo considera Juan Moneva y Puyol *, no nos convence, puesto que es el estudio del origen de los vocablos, tiene que estar comprendida en la Lexicología que es el departamento en que se explican las acepciones de las voces, y para saber bien éstas es necesario llegar, en lo posible, hasta el origen de cada palabra. De donde se colige que estas dos denominaciones se completan formando una sola parte gramatical.

La teoría de un idioma no sólo ha de tratar de los fonemas, de las dicciones, de la coordinación de las voces, del modo de escribirlas, del significado de los vocablos, tiene además que formular los principios de la evolución de los sentidos de las palabras. Es ésta la parte de la Gramática apellidada Semántica o Semasiología. El P. Félix Restrepo la ha llamado «estudio del alma de las palabras» **. Las dicciones van quedando adheridas a la osamenta, que son las letras, casi sin variar de forma material; mas el significado, el espíritu animador que cada una de estas células lingüísticas encierra, se escapa con cierta frecuencia. La riqueza de los ejemplos, no nos invita a dar una lista de ellos. Pero vamos a hacer especial mención de uno. El adjetivo *nimius* significa exesivo en latín. Lo inmenso, lo exesivo es inapreciable, porque no se le puede poner precio, y a lo que no se le puede dar precio es, en cierta manera, despreciable. Nimio es, por evolución semántica, lo baladí, lo pequeño. El sapiente crítico de *El Mercurio* protesta diciendo que esta monstruosidad se debe a que las generaciones de ogaño no saben latín. Dudamos que sea así, pues Omer Emeth parece olvidar que el idioma es un organismo que evoluciona psicológicamente y no lógicamente.

La Gramática general de una lengua ha de explicar, asimis-

* Gramática Castellana. Colección Labor. Barcelona.

** F. Restrepo. El Alma de las Palabras, Diseño de Semántica General. Barcelona, 1917.

mo, el fenómeno literario en último término; porque es es el más complejo y delicado. Tenemos, pues, que la Estilística sería la postrer parte, por ahora, de la ciencia del lenguaje.

* * *

Esclarecidos los conceptos acerca de lo que se entiende hoy por Gramática, no nos queda más que subrayar una idea: la Semántica no tiene el rango de ciencia independiente. Nos comprendió mal Alone, acaso por culpa nuestra, cuando nos hace decir que es una ciencia nueva, rama de la Filología, que trata del «alma de las palabras». El profesor francés Miguel Bréal*, la llama pomposamente: «ciencia de las significaciones». Sin embargo, Nyrop, el gran romanista danés, considera la Semántica como una parte de la Gramática**.

El error es hidra intelectual que difícilmente muere; pero el error nos transforma en cateadores de la verdad...

* Essai des Sémanlique. París, 1908.

** Gramaire Historique de la Langue Française, T. 4.º. Copenhague, 1913.

Hombres, ideas y libros

Las ruinas del castillo de Stolpen y la Cosel, querida de Augusto II el Fuerte, Rey de Polonia

Gracias a la gentileza de un amigo del Prof. don Julio Montebruno López, podemos dar a nuestros lectores la interesante carta que se inserta a continuación, en la cual el Sr. Montebruno relata su visita al castillo de Stolpen.

EN una de mis cartas anteriores mencioné a la Cosel, querida de Augusto el Fuerte, Rey de Polonia y Príncipe Elector de Sajonia. Muchas veces, en memorias y libros había tenido ocasión de conocer la dramática historia de esta cortesana. Así fué que cuando vi que pasábamos por Stolpen, interrumpí mi viaje a Praga, para visitar las ruinas del castillo que, aunque edificado hace varios siglos, no tiene nada más interesante que el recuerdo de sus relaciones con la desventurada Condesa.

Subí con el doctor Brandes hasta la desnuda plaza del Rathaus, o Markt, y por una larga y retorcida callejuela, bordeada de casas antiguas, llegué a la cumbre de la colina a golpear en el inmenso portón del castillo, debajo de la torre de piedra en que vive el castellano. Salió éste, que no esperaba visitantes en un día tan áspero de invierno, y que por lo mismo se dispuso a guiarnos placentero por los patios, torres, murallas, galerías, vericuetos y oscuras mazmorras de la fortaleza que custodia.

Intacta en la primera mitad del siglo XVIII, cuando sirvió de cárcel a la Cosel, es desde la guerra de Siete Años, un montón de ruinas, entre las cuales sobresalen el bastión de la entrada, tres macizas torres y las murallas de una capilla gótica.

Fuera del atractivo, común a casi todos los castillos, del gran paisaje que domina, comunica a éste singular belleza la construcción basáltica del terreno en que se asienta. Las características agrupaciones prismáticas de piedra forman los acantilados de las pendientes, algunas muy abruptas, y asoman poderosas en los fosos y patios, con su arquitectura, al parecer indestructible.

Recorrimos las extensas ruinas, pasando por patios, asomándonos sobre las murallas para medir con la vista la profundidad de los declives, y oyendo las historias que nos contaba el guía, al mostrarnos una torre o al invitarnos a seguirlo por los estrechos corredores que conducen a los calabozos que nunca faltan en el fundamento de las principales construcciones.

El castillo se ha dejado arrancar una parte muy pequeña de su historia, tal vez la menos trágica y dolorosa. Sus muros ennegrecidos deben guardar el secreto de mil venganzas, sufrimientos y crueldades. En la base de las torres y en el espesor de los muros hay pavorosos «in pace», maquiavélicamente ideados para exacerbar el horror y la desesperación. Atravesando casi en cuclillas una galería, llegamos hasta uno de ellos, que sería tan siniestro como la prisión mamertina de Roma, si una angosta tronera no diera paso a un poco de luz. La abertura tiene al principio unos pocos centímetros de ancho y aumenta gradualmente hacia el interior, permitiendo por último apoyar en ella la cabeza. El formidable espesor del muro que la tronera deja en descubierto debía quitar al preso hasta la esperanza de fugarse, si ésta no fuera el único consuelo del que ha sido privado de la libertad. Sin embargo, ahí debieron permanecer hipnotizados por la luz y el mundo exterior, porque la piedra ha sido en ese sitio desgastada y pulimentada por el frote de la barba o de las manos, como los pies de la famosa estatua de San Pedro en Roma lo ha sido por los besos de los fieles, durante

más de mil años. Ahí está la prueba de que los calabozos eran con frecuencia utilizados por la crueldad humana.

Pronto debíamos comprobar, recorriendo otros subterráneos del castillo, que ésta no se detiene a medio camino. Y vimos, por los nombres con que se designan hasta ahora algunos de estos sitios, «cueva del monje», «cueva del hereje», etc., el papel que desempeñaron durante las luchas religiosas. Sus víctimas no fueron sólo criminales comunes, sino sobre todo mártires de la libertad de conciencia. Para ellos estaban reservados atroces suplicios en la «cámara de los tormentos» y es en uno de esos calabozos donde surge la pregunta de si es posible concebir algo que lo sobrepuje en crueldad y horror. Y entonces se sabe que es sólo la antecámara de algo más terrible todavía. El guía, como respondiendo a la pavorosa pregunta, pasea la luz de su linterna por el suelo y destapa un agujero negro por donde apenas puede deslizarse el cuerpo de un hombre. Es la entrada a «la caverna del hambre», de 15 metros de profundidad, por la cual eran descolgados los heresiarcas condenados a muerte, junto con un pan y un vaso de agua, hipócrita concesión hecha a la misericordia. Siquiera en los otros calabozos hay estrechas aberturas que permiten el paso de un rayo de luz o una invisible rendija en zig-zag para que un poco de aire penetre al través de la piedra. Aquí nada: clausura y obscuridad absoluta. El Tullianum había sido también igualado en este satánico castillo!

Respiramos felices al salir nuevamente a la superficie de la tierra, y pronto nuestra atención fué vivamente atraída por el pozo o cisterna, parte esencial de toda fortaleza feudal. No había dificultad que acobardara a sus constructores. Una siniestra abertura de 5 metros de diámetro perfora el durísimo basalto, hasta encontrar el agua, a 82 m. de profundidad.

Cualquiera cosa que se arroje al interior demora 5 segundos en llegar al fondo. La roca es casi como acero. Tuvieron que romperla poco a poco, vertiendo agua sobre su superficie, previamente calentada. El trabajo duró 22 años; se avanzaba sólo un centímetro por día.

Por último, visitamos la cárcel de la Cosel. La Condesa, por cierto, no conoció los húmedos y oscuros calabozos de la fortaleza. A ella le fué reservado por su ingrato amante un decente, casi cómodo cautiverio. Se pusieron a su disposición, primero, un departamento y después, los tres pisos inferiores de una torre, precisamente de una de las tres que hasta la fecha han logrado escaparse a la ruina del castillo y la que más despierta la curiosidad del visitante. El cuarto piso servía de alojamiento a la guardia, y encima de éste se alzaban aún dos más, que han sido rebanados por el tiempo.

Al hablar de pisos, entiéndase una sola pieza. No es posible pedir más a una torre circular de piedra, cuyos muros llenan casi la mitad de su diámetro. Adherido al gran cilindro de la torre hay otro mucho más pequeño, que contiene una escalera en caracol, también de piedra, ininterrumpida, que sirve de lazo de unión a todos los pisos. El ingreso a cada uno de éstos se hace por un corredor abierto en el espesor del muro de la torre principal. En la dirección de los otros tres puntos cardinales, amplias aberturas análogas sirven de marcos a ventanas que inundan de luz el interior y permiten divisar hermosos paisajes. De aquí resulta que cada piso se compone de un departamento central y de 4 espaciosos nichos, como diría un arquitecto moderno, muy favorables a la comodidad de la vida y a una bella ornamentación.

Según se colige de los grabados de la época, que se exhiben en la torre, los departamentos de la Condesa estaban amueblados con decencia, aún con lujo y según el estilo de su tiempo. Una biblioteca de 3,000 volúmenes le ofrecía una sociedad más selecta, y en todo caso preferible, a la que tuvo en sus días de privanza. Si el amor hubiera tenido para ella algún secreto todavía, bien habría podido creerse una de esas princesas cautivas de los cuentos, en espera del gentil caballero que ha de librarlas de la doble clausura de su torre y de su virginidad. Bien conocía ella a Augusto el Fuerte para no estimar cualquiera conjetura de este género como una desatinada y ridícula esperanza.

Como los tres departamentos en que vivía la condesa estaban dispuestos en sentido vertical, tenía que darse la molestia, para pasar de uno a otro, de subir y bajar escaleras, ejercicio saludable que debió contribuir a la extraordinaria prolongación de su vida.

En la torre, que por lo demás, era una asoleada residencia, casi no existían los servicios higiénicos a que hoy se atribuye importancia. La Cosel, como sus contemporáneos, que en esto no sospechaban siquiera los refinamientos actuales, se contentaba con muy poco. Teniendo amplias chimeneas en que ardiera y crepitara el fuego, estaba contenta. Soportaba ciertas privaciones y molestias con espartana resistencia. Hay en su dormitorio un original retrete, construido en saliente hacia el exterior, donde la delicada creatura pudo estar expuesta a todos los ataques del frío y del viento.

—¡Por donde pecas pagas! diría una comadre hipócrita y mal agestada.

Y a todo esto, ¿quién era la Cosel? El que no conozca su historia puede leerla en cualquier libro. Baste decir que fué una mujer de gran belleza que sacrificó el verdadero amor al lujo, la vanidad y la ambición. Dió rienda suelta a todas estas pasiones, mientras duró el amor que por ella sentía el soberano. Deliraba por las manifestaciones externas del poder, y tenía tan a pecho deslumbrar a los cortesanos en las fiestas de palacio, como a las muchedumbres en las ceremonias públicas. Un grabado de la época, que se guarda en la torre, la representa, en un desfile de la Corte, recorriendo erguida las calles de Dresde en un coche descubierto, manejado por un rey, creo que el de Dinamarca.

Augusto el Fuerte, para que cediera a sus instancias y consintiese en divorciarse de su marido, tuvo que asignarle una pensión cuantiosa y ofrecerle en un documento, escrito de su mano, que se casaría con ella a la muerte de la princesa reinante. Gracias a esta promesa solemne, pudo creerse mujer legítima del rey; lo que no era óbice para que derrochase el dinero como una querida de Luis XV. En los siete años que du-

ró su favor, gastó 20 millones de táleres, esto es, unos trescientos millones de nuestra moneda. Su orgullo se exacerbó, cuando el emperador de Alemania José I la elevó al rango de Condesa del Imperio. Dilapidadora y altanera, se atrajo el odio de todas las clases sociales. El pueblo, sobre todo, que sabía los millones que costaba al Estado, la consideraba causante principal de su miseria y del recargo de las contribuciones.

Augusto el Fuerte no vino a notar la impopularidad y defectos de su querida, sino cuando dejó de amarla y la reemplazó por otra Condesa, la Dönhoff. La Cosel se volvió un quirquincho: rabió, amenazó y aun logró inspirar miedo a su rival y aún al hombre que, según la fama, podía doblar con la mano herraduras y monedas de oro. Temieron sus arrebatos, sus indiscreciones, el escándalo. Quisieron obligarla a devolver el documento que tachaba de felonía la palabra de un rey. Ella se refugió en Prusia; pero Augusto consiguió fácilmente su extradición, la hizo tomar por su gente en Halle y la sepultó para siempre en Stolpen. Lo que no pudo arrebatarse fué el documento, que ella supo guardar tan bien que hasta la fecha nadie lo ha encontrado.

Treinta y seis años de edad tenía la Cosel cuando entró en la prisión de donde cincuenta años después debía inhumarse su cadáver. Su orgullo no se doblegó ante los sufrimientos. Creyendo que la constancia escrita de la promesa del rey era la justificación de su conducta y le daba una aureola de martirio, siquiera ante sus propios ojos, se negó siempre a entregarla y tal vez la destruyó en secreto, aún sabiendo que su devolución habría sido quizás lo único que hubiera podido devolverle la libertad.

Se cuenta, sin embargo, que una vez que Augusto, con fines militares, visitó la ciudad de Stolpen, ella, desde una de las ventanas del castillo, le imploró que pusiera término a su prisión. El rey, al oír los gritos, dió vuelta la cabeza, le hizo un ceremonioso saludo y siguió su camino. Otros dicen que la Condesa, en vez de formular ruegos, disparó un balazo al sobera-

no. Fué la última vez que divisó al hombre que tan mal pagaba las deudas del amor.

Treinta años de cárcel llevaba la Cosel y ya Augusto el Fuerte había muerto, cuando el sucesor de éste le ofreció abrirle las puertas de su prisión. A ella le pareció una nueva crueldad. ¡Qué podía ya ofrecerle el mundo a una mujer que de la vida sólo estimaba el fausto y el poder! Sus mismos hijos, a quienes apenas conocía, eran para ella indiferentes. Rogó que se le permitiera continuar en Stolpen. Y ahí vivió en su torre veinte años más, atendida por dos servidores, ofreciendo al final indicios de locura.

Cerca del pozo de la fortaleza, están las ruinas de la capilla gótica. En el suelo, perdida en la hierba, hay una lápida pequeña, insignificante. Debajo de esa losa, nos dijo el guía, está sepultada la Cosel. Hoy es más popular que en vida. Un nimbo poético rodea a la mujer que expió, sin doblegar su carácter, con cincuenta años de amarguras, unos cuantos días de locura y esplendor.

JULIO MONTEBRUNO L.

Gómez de Baquero y el porvenir de la novela

LA Real Academia Española, siempre dispuesta a premiar méritos y a utilizar aptitudes, llenó la vacante dejada por el poeta Cavestany, último representante del romanticismo zorrillesco, con don Eduardo Gómez de Baquero, escritor de robustas y generosas facultades, que durante varios lustros ha llevado a la prensa de España notas de novedad y comentarios de ocasión en artículos llenos de nervio y vigoroso colorido.

Baquero es uno de los intelectuales más ilustrados, más comprensivos, más abarcantes, a la vez que más galanos, de la histórica Península. Su pluma diestra y ágil pasa sin dificultad y sin descanso de una materia a otra, y de este modo ha ido dejando, por el ancho sendero de las letras, huellas recias y profundas, rastros que habrán de persistir, sin duda alguna, por su riqueza medular y elevación de pensamiento.

Escritor cálido y castizo, espíritu fino y penetrante, Baquero ha sabido comentar donosamente cuanto se ha presentado revestido de interés ante su vista, cuanto episodio singular y sugerente ha reclamado día a día su visual escrutadora y su sereno raciocinio.

Con el pseudónimo de Andrenio, ha sido constantemente un consumado historiador del momento, de lo circunstancial y contingente, de las cosas que surgen y que pasan en el vaivén perenne de la vida. Es el comentarista por antonomasia, el hombre abierto a todos los estímulos, el ingenio curioso y vigilante, pronto a coger con avidez las pulsaciones cotidianas, para ofrecerlas al lector en sus valores y en sus significados, con sus sombras y destellos, con sus influjos y sus responsabilidades.

En sus inventarios y en sus evaluaciones, en sus largas y mantenidas labores analíticas, en su continuo desintegrar y recomponer, Baquero ha agudizado como pocos su sentido crítico, y en las horas que corren, sus palabras tienen un eco vasto y prolongado, el eco que despierta el recto juicio, la inteligencia razonadora y luminosa y el corazón tranquilo y justiciero.

Una obra de tan dilatados y admirables contornos, plena de honradez y probidad; una obra de tantos aspectos y de tantos horizontes, impuso el nombre de Baquero a la Academia de la Lengua, y la docta corporación quiso llamar a éste hacia su seno, para que enriqueciera con sus aportes constructivos las tareas que realiza.

Gómez de Baquero leyó ante la Academia un discurso como de él, denso de ideas y de claras reflexiones.

Naturalmente, y así lo expresa Andrenio, ha debido vacilar en la elección de la materia, ya que, cronista profesional y periodista militante, ha sentido las sollicitaciones de los más variados temas. Pero, la indecisión no fué en Baquero, ni podía serlo, perplejidad infecunda, ni podía tampoco florecer en deplorable desierto.

Andrenio supo escoger el motivo, y presentó en su discurso una serie de observaciones sobre hechos literarios tan interesantes para el aficionado como para el erudito.

Los hechos literarios merecen los honores de los estudios más extensos. Para Andrenio «el hecho literario es un hecho social». Aparentemente es un hecho individual; pero no es así, porque el pasado social y el presente colectivo, influyen decisivamente en el autor y se reflejan en su obra por subjetiva que ésta sea.

La literatura responde, entonces, a una causalidad social, y esta causalidad, en el sentir de Gómez de Baquero, puede advertirse en los llamados géneros.

Los géneros literarios no son para Andrenio invenciones de preceptistas ni artificios de clasificadores: son grupos naturales. Lo prueba la constancia que ha tenido su existencia, constancia que no ha sufrido nunca interrupciones ni quebrantos.

Constantes los diversos géneros de la literatura, no han tenido,

eso sí, un equilibrio medianamente estable, cosa que puede hoy mismo percibirse sin esfuerzo el que menor. Mientras unos culminan, otros están en decadencia, mientras el de aquí fulgura, el de más allá palidece; en tanto éste se ensancha hasta alcanzar formas monstruosas, comprímese el del lado hasta que queda reducido a una expresión imperceptible.

Este equilibrio inestable de los diversos géneros, ha permitido el triunfo de la novela en las modernas épocas, y éste es el fondo del discurso pronunciado por Baquero.

Según Andrenio, el siglo XIX puede ser llamado el siglo de la novela, en lo cual coincide con el autor de «Mare Nostrum» que lo llama de la novela y de la música. Este triunfo consiste en haber alcanzado aquélla una eficacia artística cumplida y en haber obtenido una riqueza de medios expresivos que no se conocían. Fué tiempo de popularidad y también de perfección.

La historia de la novela aclara considerablemente, en el parecer de Andrenio, la razón de su gran triunfo.

Para el gran polígrafo Menéndez y Pelayo, la novela es la antigua epopeya destronada. Andrenio, por su parte, le concede el calificativo de epopeya moderna, y es, en su sentir, la heredera de la Épica, en virtud de la nueva estructura de la vida civil y de los nuevos caracteres que presenta la cultura.

La transformación de la Épica en novela se ve en los libros de caballerías, libros que alcanzaron una boga ilimitada y que tanto influyeron en las gentes de la época.

En los libros de caballería está en embrión la novela. El Quijote, que los ridiculiza, es el nexo entre el poema épico y la novela de más tarde. Y es solamente en las «Novelas Ejemplares» de Cervantes donde cree Andrenio que se encuentran los elementos esenciales que tuvo la novela durante el siglo XIX.

La marcha ascendente de la novela española tiene su punto de partida en pleno siglo XVII. La apoteosis de la novela, dos centurias más tarde, fué preparada, según Gómez de Baquero, por tres revoluciones: una política que abrió la puerta a las nuevas democracias; otra literaria que se llamó Romanticismo,

y una científica que arranca desde Bacon y que impuso el criterio de la observación y la experiencia.

No pocos factores produjeron la difusión de la novela y determinaron el cultivo tan profuso que tuvo. Rápidamente llegó a ser ésta el género preferido y el instrumento más perfeccionado de expresión literaria.

Baquero en su discurso hace un elogio ardiente de esta modalidad. «Género imperial por excelencia, dice, a él afluyen como tributarios todos los otros».

La novela aprovecha para él, elementos de todos los géneros; pero irradia también hacia ellos sus efluvios peregrinos.

Baquero no disimula su admiración por la novela, y entre líneas se transparenta un convencido parecer en orden a que ella empuña el cetro de la superioridad en la belleza, en los horizontes, en las posibilidades.

Nada de raro tiene, entonces, que proclame en su discurso que el triunfo de la novela está en su medio día y que no se divisa el ocaso, pues el estado actual de las costumbres y de la civilización es favorable a la novela. Por el contrario, Baquero tiene confianza en que el triunfo universal de la novela sea fecundo y duradero.

Dejándose llevar por su entusiasmo fervoroso, Andrenio presenta con colores sonrientes y radiosos el porvenir de la novela. Sin embargo, su opinión no es la misma de otros y hay síntomas que permiten no abrigar al respecto un optimismo tan confiado.

Vicente Blasco Ibáñez ha sostenido que «la novela está en crisis actualmente en todas las naciones», y esto, porque los argumentos y recursos se encuentran ya gastados. La originalidad novelesca va siendo cada vez más ilusoria, según el formidable literato valenciano.

Y esta opinión del novelista de «La Horda» no está descaminada. La novela en su mayor parte tiene escasa originalidad y los autores se ven forzados a imponer sus producciones merced al excitante. El setenta y cinco por ciento de la novela moderna

es un crudo muestrario de impudicias, de miserias y de relajaciones.

De la vida, se está escogiendo con marcada preferencia el material que suministra el bajo fondo, y los autores reeditan, sin poder producir novedades, las eternas escenas de los vicios y de las aberraciones.

Y no es que la vida sea así y que la novela, al reflejarla, se esté tornando manadero de liviandades tabernarias. Es que la novela se defiende, y para subsistir adopta formas especiales y exagera la nota de las acres desnudeces.

En su mayoría, la novela moderna es picante, pantanosa, deletérea, sin finalidades elevadas, sin trascendencia psicológica, sin alicentos artísticos, sin rumbos definidos.

Halaga el sensualismo de la vulgaridad ambiente y ofrece platos de comidas más y más condimentados. Es un modo de mantener a toda costa las posiciones obtenidas.

El hecho de que la novela se defienda, da cabida a la suposición de que se siente amenazada y esta amenaza emana de varias procedencias.

Por un lado, el cultivo del cuento es más y más copioso. El relato corto es admitido sin dificultad. Vivimos muy de prisa y son más los que prefieren la brevedad del cuento a la lectura reposada.

Pero no es esto lo más grave, ya que el cuento puede ser considerado como una novela en germen. El teatro está atrayendo a los autores de novelas. Y se comprende fácilmente. La literatura dramática produce en casi todas partes ganancias rápidas y sólidas, y esta circunstancia, con ser decisiva, está reforzada por otras no menos poderosas: la victoria inmediata, sonora, visible; por el gozo de ver cobrar fisonomía y movimiento a las ficciones del espíritu y contemplar el resultado, traducido en un sollozo o en una carcajada.

Ejerce el teatro atracciones misteriosas y aumentan cada año los autores de novelas que van a sentar plaza de dramáticos, atraídos por la dulce quimera del proscenio.

El auge del teatro ha sido portentoso en estos últimos tiem-

pos y no es una hipérbole afirmar que el género dramático lleva ventaja a la novela en el terreno del número y en el de la calidad.

No terminan aquí las razones que podrían alegarse para temer por la novela. Queda todavía un factor de entidad y es el cinematógrafo.

En su discurso, el maestro Baquero no manifiesta temores por el cine. A lo sumo, concede a la que entraña el gran invento, una importancia relativa.

Al redactar su discurso, el ilustre escritor olvidó lo que él mismo había dicho en un artículo publicado creo que en «El Imparcial», el 19 de Enero de 1920:

«La película, decía Baquero, está llamada a influir profundamente en las letras y está ya influyendo, aunque todavía no sea el hecho lo bastante visible para haber entrado en el dominio público».

«La influencia del cine en la literatura ofrece varios aspectos, añadía Andrenio; opera sobre los públicos, sobre el escritor y sobre la técnica literaria».

Todavía agregaba nuevas frases para robustecer su teoría: «El cine, expresaba, ofrece a los escritores una tentadora derivación profesional. Ya hay literatos famosos que componen *films* y acaso llegue día en que la composición de dramas y novelas cinematográficas sea la predilecta ocupación de los escritores...»

Y, en verdad, los más eminentes escritores han compuesto argumentos para el cine, porque el cine se ha apropiado de los asuntos que eran del resorte del teatro y la novela.

La novela está pasando de literaria a cinematográfica. Se confecciona mayor número de argumentos novelescos para la cinta que para el volumen. Hay quienes creen que el cine no es un rival del teatro sino de la novela. Blasco Ibáñez ha dicho que la película biográfica «no es el teatro mudo como creen muchos», sino una novela expresada por imágenes.

El arte escrito está siendo reemplazado por un arte meramente ocular.

El público prefiere, por razones de brevedad y economía, la

novela hecha película. Y la acción permanente del biógrafo está ejerciendo una influencia nada leve en aquél. Lo está habituando nada menos que a la percepción de los sucesos novelescos por medio del dinamismo gráfico de las figuras y está creando temperamentos de carácter visual que habrán de elegir con preferencia la imagen animada a las mejores descripciones.

El biógrafo está trastornando la psicología colectiva, y puede decirse que está determinando nuevas normas artísticas y hasta una nueva sensibilidad.

La adaptación del teatro a la película es un fenómeno de que no puede dudarse. ¿Y la novela? La novela no puede ni podría adaptarse ya que carece de los elementos ópticos de aquél.

Amagada por el biógrafo, sustituida y desplazada, el porvenir de la novela es inseguro... Pero quién sabe si estos sean temores infundados. Seguramente la verdad es la que dice ahora Baquero, este intelectual observador e infatigable, dotado de tantas luces y de tanta inteligencia.

Para los que amamos la palabra escrita, para los que nos entusiasmamos ante la página lograda, ante el giro oportuno, ante la combinación feliz, las apreciaciones optimistas de Baquero tienen las gratas vibraciones de una canción consoladora.

Llevemos dentro del pecho su repique esperanzado. Acordémosnos que procede de fuente autorizada y que esa vasta autoridad de Baquero se ha robustecido ahora con el ingreso del maestro a la Academia de la Lengua.

Allí llevará Andrenio sus grandes ideales, su bandera de buen gusto, su amplio dominio de las letras, sus afanes progresistas y renovadores, sus nobles y admirables condiciones de escritor y periodista.

Baquero ha sido un crítico constructivo sin dejar de ser severo. Como dijo en su discurso de respuesta don Ramón Menéndez Pidal, ha hecho «resaltar más lo bueno que lo malo». No es de aquéllos, entonces, que se complacen demoliendo o atacando. Analiza sin odio y dictamina sin veneno.

Por eso su designación académica ha sido recibida con aplausos generales.

La obra de Baquero es como pocas de variada y de nutrida. Bien está, por consiguiente, en la Academia un hombre así. Las puertas de la casa del idioma deben abrirse siempre para los que han sabido honrar la lengua; para los que han gastado empeños por burilar la plata de este verbo que heredamos; de este verbo sutil y resonante que es el magno y supremo tesoro de la Raza; de este verbo singular y melodioso, ante cuya grandeza soberana, han puesto su alma en éxtasis los astros y las cumbres.

GUILLERMO MUÑOZ MEDINA.

El "affaire Chaplín" mirado desde Europa

Para comenzar.

No hay un ser en el universo más conocido que Chaplín. Cada uno de sus actos interesa a toda la fauna humana. Sus gestos (que son pocos) se comentan y sus palabras (que son menos) se reproducen en todas las lenguas del globo...

Sus divorcios, el último sobre todo, constituyen un pretexto para que media humanidad insulte a la otra media, o, a lo menos, polemice con ella.

El mundo se divide en dos bandos: por o contra Chaplín.

Contra Chaplín.

Los «contra Chaplín» son casi exclusivamente norteamericanos, pueblo de sensacionalismo, de trusts, de rascacielos y de millonarios. Yankilandia no puede acordar su espíritu con el espíritu aéreo de Chaplín.

Como todos los verdaderos artistas que florecieron en el país del utilitarismo standardizado, Chaplín es en Estados Unidos una suerte de fenómeno, algo así como un cisne nacido entre una nidada de patos.

Si su talento no fuese tan formidable y si las creaciones de su talento no contribuyesen a hacer la fortuna de miles y miles de comerciantes, Charlot habría sido ahogado ya por la marea del odio de los magnates de la prensa y de la industria cinematográfica norteamericana.

Dicho odio—que el interés mantenía oculto—ha hecho crisis con ocasión de las gestiones de divorcio iniciadas por la última

esposa del artista. Esta vez nada se ha disimulado. El estallido ha lanzado todas las bajezas al aire crudo del medio día.

Para nosotros, que miramos desde el límite opuesto del Atlántico, con la limpidez y el equilibrio que otorga la lejanía, todo esto nos aparece tan pequeño, tan mezquino, tan ridículo, que si no nos diese rabia podría hacernos reventar de risa.

Lo que extraña es la unanimidad de la condenación. Nadie parece recordar los actos de la mujer de Chaplín. Nadie quiere darse cuenta de que fueron ellos quienes determinaron la actitud del artista. Se ve neto que hay una conspiración. Todo el poder de los gigantes del materialismo ha sido lanzado contra la cristalina fragilidad del hombre con alas y con facultad de milagro.

No sin razón un periódico parisiense ha podido imprimir las siguientes palabras condenatorias: «Que Chaplín haya sido calumniado públicamente nada tiene de extraño. Pero que los setenta y cinco millones de americanos que van, cada semana, al cinema; que la prensa americana no haya hecho oír un enorme clamor de protesta, es algo que basta para juzgar, no a Chaplín, sino a los Estados Unidos».

Por Chaplín.

Pero existe el reverso. Aparte los millones de seres que, bajo todas las constelaciones, aplauden el genio, siempre nuevo, de Chaplín, hay los *apasionados*, los que se duelen de sus renovados infortunios y se indignan de las intrigas urdidas contra él.

Estos apasionados respiran en las más opuestas latitudes. Los hay en Santiago de Chile lo mismo que en la soviética Moscú. Seguramente el cable ha transmitido el enternecedor ofrecimiento de un grupo ruso: «Una casa confortable y la suma de dólares necesaria para que pueda trabajar y producir sin que su genio esté amarrado a preocupaciones pecuniarias»...

Pero donde los entusiastas de Chaplín son más numerosos, y más decididos y más agresivos, es en París. Y—cosa estu-penda y matemáticamente anti-yanki—sus más violentos y definidos defensores son los cinematografistas.

Entre ellos, tal vez el de mayor valor y el que más alto y claro ha hecho sentir su voz, es René Clair.

En un artículo publicado en *L'Art Vivant*, el metteur en scene de «Paris qui dort» hace la apología razonada de Chaplín, analiza los orígenes de la fobia americana contra él y lanza su condenación—feroz y lúcida—contra la industrialización del arte cinematográfico.

«Entre todas las causas—problemáticas o posibles del affaire Chaplín—escribe Clair—hay una que nadie ha expuesto aún y que, sin embargo, es esencial. En medio de la industria cinematográfica americana, acaparada por algunos banqueros, peleteros y fabricantes de gorras polacas, llegados hace veinticinco años a New York, Chaplín ha permanecido el único gran independiente de la pantalla.

Ninguna de las tres o cuatro firmas que quieren acaparar y repartirse el mundo de las imágenes ha logrado hacerlo entrar en sus combinaciones.

Su ejemplo es simbólico. Los dirigentes del cine quieren fabricar films como si se tratara de conservas y dar al público un alimento preparado según fórmulas en que el arte no tiene razón de ser, pero que convienen grandemente a las rutinas de sus industrias.

El ejemplo de Chaplín destruye las teorías de esos jefes de explotaciones imbéciles. Este autor que no produce de una manera mecánica, que se renueva sin cesar, que hace venir hasta él las muchedumbres en lugar de halagar sus inclinaciones; este buscador que ha encontrado un estilo único y que, sin embargo, se entrega aún a peligrosas experiencias; este productor de films para quien el espíritu de una obra cuenta más que su éxito material; este artista, en una palabra, es peligroso para la paz de los fabricantes.

.....

Chaplín no es norteamericano. Chaplín no ha sido hecho para Norte América. Por lo demás—sea cual sea su raza—la libertad de su genio y su durable juventud detonan en medio del pueblo máquina de U. S. A.»

Podría seguir traduciendo. El artículo es magnífico por su energía, por su claridad, por el amor del arte volcado en él. Leyéndolo pensaba que todo cuanto los admiradores de Chaplín han sentido mil veces y no han podido decir, estaba expuesto ahí por un hombre con todos los títulos y todos los derechos. Y he experimentado la satisfacción de una venganza realizada...

FERNANDO GARCIA ORDINI.

NOTICIARIO

—Ha fallecido M. Marius André, distinguido escritor francés que en varias oportunidades trató con acierto temas históricos relativos a América y a España. Su último libro, titulado «La véridique aventure de Christophe Colomb», fué comentadísimo, por el sentido que el autor dió a sus observaciones respecto del navegante genovés. M. André había nacido en 1868, de modo que su muerte ha sorprendido a muchos de sus admiradores, que esperaban todavía de él una dilatada labor. Fué cónsul de su país en diversos puntos de Europa y de América, y durante veinticinco años viajó por varios continentes. Su obra literaria es relativamente escasa.

—Se ha anunciado la venida a Chile, para dentro de poco, de Enrique Díez-Canedo, una de las primeras figuras de la crítica peninsular. El señor Díez-Canedo viene enviado por la Unión Iberoamericana en una misión singularmente simpática: la de dar conferencias en nuestro país sobre temas literarios y artísticos españoles. Es este crítico uno de los más discretos y bien intencionados sucesores de *Clarín*. Sus artículos de la revista «España», hace ya diez años, y sus posteriores trabajos en «El Sol» y «La Voz» de Madrid, lo mismo que los que inserta a menudo «La Nación» de Buenos Aires en sus ediciones dominicales, han revelado un talento claro, una cultura literaria poco común y un certero buen gusto que sabe colocarse siempre en el centro de las opuestas tendencias y de los objetivos máximos y discordantes.

—Con el objeto de divulgar las piezas del proceso que terminó con la prohibición, para los católicos, de leer el diario monarquista «L'Action Française», se ha publicado recientemente un volumen que lleva el título de «L'Action Française et le Vatican». Este libro, de gran amplitud, lleva un prefacio de Charles Maurras y León Daudet, y ha comenzado a circular en medio de comentarios apasionados.

—El conocido profesor francés Ferdinand Brunot, ha publicado un nuevo tomo, el noveno, de su formidable «Histoire de la langue française», libro considerado por la crítica más seria como un intento definitivo de filiar la vida de esa lengua.

—El fallecimiento de M. Georges Eekhoud, poeta flamenco de gran prestigio, que anunciamos en edición anterior, ha dejado vacante un sillón de la Academia de lengua y de literatura francesas de Bruselas. Para ocuparlo se dan los nombres de M. Georges Virrès, poeta y escritor destacado, y de M. Henri Davignon, novelista que ha sido comparado a Paul Bourget y a Henry Bordeaux. Ambos son interesantes intérpretes de la vida flamenca y manejan con soltura la lengua francesa.

—Con motivo de la conmemoración del 25° aniversario de la muerte de Emilio Zola, M. León Treich ha publicado un artículo en que rememora las tentativas del autor de «Lourdes» para ingresar a la Academia Francesa. Zola fué candidato nada menos que treinta y una veces, y jamás obtuvo los votos necesarios para ingresar al grupo de los Cuarenta. M. Treich asegura que este número de fracasos señala un *récord* en la materia.

—El centenario del nacimiento de don Juan Valera pasó casi inadvertido en España, donde sólo unos cuantos artículos periodísticos recordaron a los lectores la figura de uno de los más grandes estilistas de lengua castellana. Hoy se hacen los preparativos finales para la colocación de un busto en mármol

del escritor, en su villa natal, Cabra. Este acto ha sido fijado para el 7 de Setiembre de este año. El autor del busto de Valera es un joven escultor, Antonio Maíz Castro, discípulo del malogrado Julio Antonio.

—Un joven poeta y escritor francés, cuyo prestigio había salido ya de su país natal, acaba de morir. Se trata de M. Georges Chennevière, autor de muy pocos poemas, que recopiló en dos volúmenes, titulados «Printemps» y «Poèmes», de 1911 y 1918, respectivamente. M. Chennevière había estado últimamente en Rusia, en compañía de Duhamel, y uno de sus últimos trabajos fué la publicación de una serie de notas tomadas en ciudades alemanas y polacas, que estaban apareciendo en la revista «Europe». M. Chennevière muere a los cuarenta y dos años.

OMEGA.

EX LIBRIS

DON JUAN, LOS MILAGROS Y OTROS ENSAYOS, por Gonzalo R. Lafora.—*Biblioteca Nueva*, Madrid, 1927.

Entre los médicos contemporáneos españoles hay un grupo selecto que cultiva con éxito las letras. Uno de los nombres más importantes en ese grupo es el de Gregorio Marañón, autor de muchas páginas amenísimas, dignas del más escogido literato, e investigador de aliento singular en varias especialidades médicas. No lejos de Marañón figura Gonzalo R. Lafora, que acaba de dar a la estampa el libro cuyo título hemos anotado.

Se trata de varios estudios en que predomina el punto de vista profesional, pero escritos con soltura y, sobre todo, inclinados hacia temas literarios. El primero versa sobre Don Juan, socorrido lugar de la crítica española actual. Contra los detractores de Don Juan, entre los cuales figura precisamente Marañón, se alza Lafora afirmando que el tipo del conquistador existe en la realidad, cuya riqueza sobrepasa con mucho a la de la creación literaria.

Los demás trabajos del volumen versan, sucesivamente, sobre los milagros, las nuevas religiones y otros hechos afines; sobre la inspiración en el arte y en la ciencia, capítulo lleno de aciertos interesantísimos; sobre el cubismo y el expresionismo, considerados científicamente, acaso como revelación de antecedentes patológicos en sus cultivadores, y sobre el espiritismo. En suma, un volumen digno de una atenta lectura y capaz de interesar al lector más despreocupado y distraído.

OBRAS DE JUVENTUD DE RUBÉN DARÍO, con un ensayo sobre Rubén Darío en Chile por *Armando Donoso*.—Edit. Nascimento, Santiago, 1927.

No es tarea fácil la de reconstituir la vida de un hombre vagabundo. Rubén Darío estuvo en Chile sólo unos cuantos meses, y sin embargo, Armando Donoso, su biógrafo de esos meses, ha debido revisar innumerables colecciones de viejos periódicos, conversar con los que fueron—hace ya cuarenta años—los amigos del poeta, compulsar estas declaraciones con los recuerdos de Darío y compararlas entre sí, todo un trabajo, en fin, de la mayor escrupolosidad, de benedictina paciencia, sólo para fijar la verdad en una estancia brevísima en esta tierra.

Pero no es este un trabajo perdido, y la mejor prueba de ello reside en el ensayo inicial de Armando Donoso que abre las páginas de este volumen. Es uno de los mejores trabajos de crítica que se han escrito últimamente en Chile y adelanta parte de un extenso libro que prepara el autor: la «Historia de la literatura chilena», desde sus orígenes hasta nuestros días.

El resto de este libro, de más de cuatrocientas páginas, comprende los escritos del poeta nicaragüense durante su permanencia en Chile y los recuerdos que luego hizo de la misma. Los versos y la prosa de Darío adolescente no son de los mejores que haya producido pluma americana, pero sí anuncian, en más de un aspecto, la futura potencia lírica del autor de «El canto errante». Y como la formación intelectual de Darío fué precocísima, porque cuando estuvo en Chile ya había estudiado sus clásicos menudamente y había emprendido la lectura de los modernos, muchos de los descubrimientos líricos del poeta aparecen ya en esos versos de adolescencia.

Buen homenaje a un poeta digno de memoria es el que se ha brindado con la edición de este libro, que más que un libro es una cumplida antología de sus trabajos de Chile y sobre cosas chilenas. Y el estudio de Armando Donoso, que da cima a este homenaje, merece figurar entre los más aplaudidos escritos de su autor.

EL ESPECTADOR (Tomo VI), por *José Ortega y Gasset*.—*Revista de Occidente*, Madrid, 1927.

Ortega y Gasset se ha esmerado en el año que corre en mostrarse prolífico a sus innumerables admiradores de todos los continentes. Varios son los libros que ha lanzado en el breve espacio de no más de ocho meses. Ojeemos el último que nos llega: el tomo sexto de «El Espectador».

Tiene Ortega y Gasset condiciones maravillosas para la ocupación que ha escogido. Posee una vista clarísima, aguzada tanto para los matices más delicados de las cosas como para los grandes contrastes del mundo en torno. Y tiene, sobre todo, una admirable, una insuperable capacidad disectora. No ve sin analizar; no deja fluir la vida sin detenerla y desmenuzarla, como para arrancar de ella todo lo puede tener de soterrado y, por tanto, de valioso.

El tomo sexto de «El Espectador», más fragmentario que los anteriores, tal vez, no es menos importante. En él leemos un artículo «Dios a la vista», que es una joya de ironía; unas divagaciones sobre el fascismo que nos parecen acertadísimas en el intento de fijar un carácter que no todos los observadores del fenómeno italiano han encontrado: el fascismo emplea para mantenerse en el poder medios revolucionarios, contrariamente a los anteriores gobernantes de hecho, que llegados al gobierno han creado una nueva legalidad para suplantarse a la antigua que habían vulnerado... Y muchas otras páginas, en fin, llenas de pensamiento, cargadas de egregio contenido, pero siempre aliñadas con soberana pulcritud, esmaltadas de metáforas bellas y aderezadas con un ritmo casi voluptuoso de la frase, que embriaga como un vino.

Prematuro es consagrar a un escritor que apenas ha llegado a la cuarentena, pero no se nos tachará de indiscretos si aseguramos que el que calificó a Ortega y Gasset de «la única posibilidad de filósofo» que tenía la España contemporánea, sabía lo que decía.

LAS INSTANTÁNEAS, por *Daniel de la Vega*.—Edit. Nascimento, Santiago, 1927.

Tiene Daniel de la Vega un prestigio bien ganado como poeta y como cronista. El primero se basa en varios libros de versos que fueron aplaudidos por la crítica y leídos atenta y recogidamente por el público. El segundo es contemporáneo: nace de los artículos que diariamente dispersa el escritor en las páginas de los diarios.

Y como todo gran escritor inventa, tarde o temprano, un género, o introduce en los tradicionales una variante considerable que vale por la invención de uno nuevo. Daniel de la Vega ha encontrado su forma predilecta en la *instantánea*. No tiene pretensiones de nobleza la instantánea. «Sus padres—dice el escritor—fueron personas modestas y trabajadoras, pues ella es hija legítima de los párrafos cortos y de las notas de los viejos diarios».

El escritor va sembrando los diarios de instantáneas, es decir, de breves anotaciones, de apariencia volandera, sobre mil esguinces rápidos de la realidad. Su deleite es sujetar en las palabras esa nerviosa palpitación de la vida que corresponde al gesto sorpresivo de la persona de quien se hace una instantánea fotográfica.

Algunas de esas instantáneas, como las fotográficas, resultan movidas y desvaídas, desproporcionadas, fuera de foco, mal encuadradas. Pero eso ¿qué importa? Divierten y se hacen leer, preocupan un poco, provocan una sonrisa, alteran el gesto de cansancio con que a veces leemos el diario inevitable, son las compañeras retozonas del editorial sesudo y de los comentarios soporíficos. Son encantadoras.

LOS DE ABAJO, por *Mariano Azuela*.—Ediciones Biblos, Madrid, 1927.

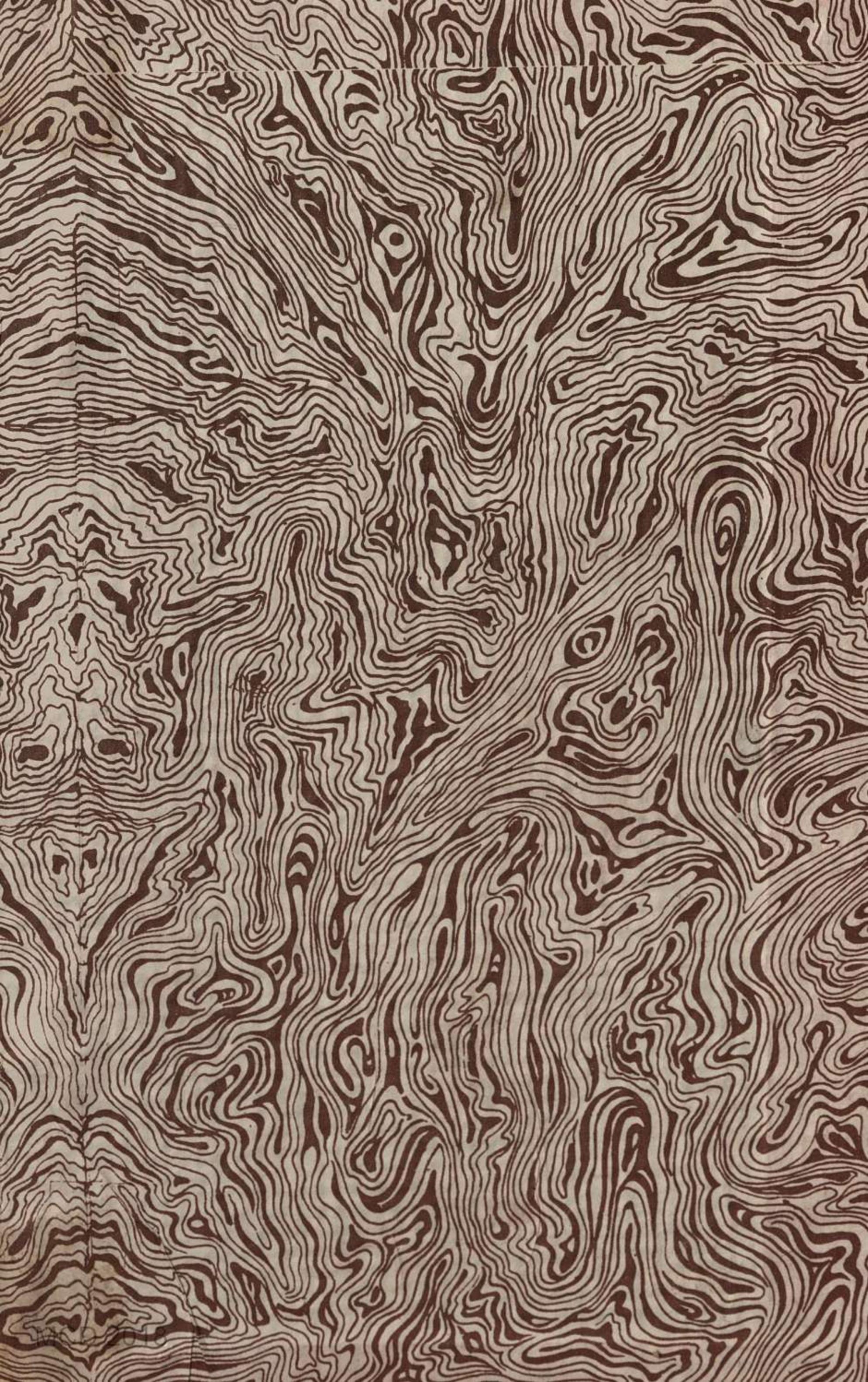
No tenía la revolución mexicana una novela que la representara adecuadamente. Y era una lástima, pues en fondo tan her-

moso como complejo y con personalidades tan curiosas como las de los caudillos y guerrilleros que dieron vida durante tantos años a la lucha, una narración debía necesariamente de ser hermosa e interesante. Así ha sucedido con este libro de Mariano Azuela, antiguo preceptor rural mexicano, que ha hecho la primera novela auténtica y artística de la revolución mexicana.

La figura de Demetrio Macías, que sirve de eje a las páginas de este libro, tiene todo el valor de realidad que es posible dar a una silueta literaria sin quitarle el barniz de la belleza estética. Macías es un tipo distintivo de la revolución, que rodó durante años y años, sin objetivo visible, sin orientación precisa, de la misma manera que rueda un guijarro por la pendiente, a saltos y rebotes sobre las rocas, como dice y hace otro de los personajes de este libro admirable.

«Los de abajo» es una novela de formidable fuerza expresiva, cuajada de aciertos, en cuyas páginas el interés apenas si desmaya un par de veces y sólo por breves instantes. Novela íntegra, de una pieza, absolutamente maestra, revela un nombre nuevo en la literatura hispanoamericana. Bienvenido sea.





冊